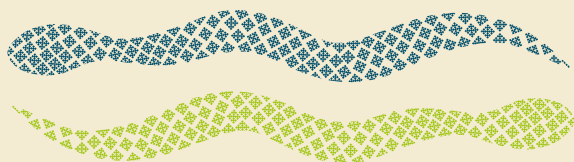


ALLÍ DONDE CANTA EL VIENTO

Antología de literatura amazónica



KRISTEL BEST URDAY Y YANETH SUCASACA

Selección y prólogo

CASA DE LA LITERATURA PERUANA | COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA

ALLÍ DONDE CANTA EL VIENTO

Antología de literatura amazónica

KRISTEL BEST URDAY Y YANETH SUCASACA

Selección y prólogo

COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA, 1

Allí donde canta el viento. Antología de literatura amazónica

Selección y prólogo: Kristel Best Urday y Yaneth Sucasaca

© De los textos e imágenes: los respectivos titulares

© Programa Educación Básica Para Todos
para su sello Casa de la Literatura Peruana

Jr. Áncash 207, Centro Histórico de Lima

+51.1.426.2573

publicaciones.casaliteratura@gmail.com

www.casadelaliteratura.gob.pe

Edición: Jaime Vargas Luna

Diseño y diagramación: Jenny La Fuente

Imágenes interiores: Christian Bendayán

Primera edición electrónica, marzo de 2019

ISBN: 978-612-48004-0-5

Esta antología se publica en el marco de la exposición *La casa sin puerta. Literatura amazónica (1940-1980)* realizada en la Casa de la Literatura Peruana (Lima) de mayo a diciembre de 2018.

Esta edición digital es de libre acceso y de descarga gratuita, siempre que se cite la fuente. Está prohibida su comercialización.

ALLÍ DONDE CANTA EL VIENTO

Antología de literatura amazónica

KRISTEL BEST URDAY Y YANETH SUCASACA

Selección y prólogo

CASA DE LA LITERATURA PERUANA | COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA

COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA

Intensidad y altura de la literatura peruana es el nombre de la exposición permanente de la Casa de la Literatura Peruana, que lo toma, a su vez, del poema de César Vallejo. La exposición presenta un panorama literario del país del siglo XVI al XX en relación con la riqueza y complejidad de sus identidades, y proponiendo miradas plurales que pongan en diálogo obras, estilos y pensamientos de diversas épocas.

Esta visión panorámica es narrada a partir de ciertos temas: las lenguas en las que imaginamos, nombramos y poetizamos el mundo; las formas en que narramos nuestros des/encuentros culturales y las constantes búsquedas e invenciones de identidad individual y social; los debates históricos sobre el *deber ser* de la literatura (y de la sociedad) peruana; las maneras en que escribimos, leemos e inventamos las ciudades y la modernidad; la corporalidad del lenguaje y su capacidad para trascender racionalidades y explorar subjetividades; y, finalmente, la puesta en valor de las miradas de los autores sobre el mundo y el acto de crear.

La colección *Intensidad y Altura*, que ahora presentamos, profundiza la propuesta de la exposición permanente a través de la publicación de títulos procedentes de las exposiciones temporales de la institución; los cuales, puestos en circulación —ya sea por primera vez o en labor de recuperación— permitirán la ampliación, el enriquecimiento y la renovación de la tradición literaria peruana.

PRÓLOGO

«Nuestras palabras son igual que pozos, en esos pozos caben las aguas más diversas: cataratas, lloviznas de otros tiempos, océanos que fueron y serán de cenizas, remolinos de ríos y de humanos y lágrimas también. Son lo mismo que gentes nuestras palabras y a veces mucho más, no simples portadores de un significado que siempre es un significado solamente».

César Calvo. *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*, 1981.

Allí donde canta el viento es una antología preparada en el marco de la exposición *La casa sin puerta. Literatura amazónica (1940-1980)* de la Casa de la Literatura Peruana. Este volumen surge de la necesidad de visibilizar el aporte de la literatura de esa región a la tradición literaria del país, situando obras y autores ya reconocidos a nivel nacional en sus contextos regionales de producción —lo que ofrece nuevos ángulos para leerlos—, e incorporando escritores y textos destacados, pero poco visibles hasta ahora, a nuestro canon literario. Este libro es resultado de meses de investigación en archivos institucionales y particulares, fundamentalmente, de Iquitos y Lima. Incluye poemas, cuentos y un fragmento de novela de dieciséis autores y tres autoras, loretanos en su mayoría, quienes comenzaron a publicar entre las décadas del sesenta y ochenta del siglo pasado. Por un lado, el tomo cumple la función de brindar a los visitantes de *La casa sin puerta* la creación literaria que esta presenta, explica y pone en valor. Por otro, como obra que la trasciende, ofrece a los lectores un panorama de las temáticas, estilos y búsquedas de la literatura amazónica del periodo abordado.

El título de la antología corresponde a un verso del poema «Cantar Ashaninka» del primer poemario de Jorge Nájjar, *Malas maneras* (1973): «Allí donde canta el viento y el aire es mío, / Hacia los huesos, los dientes, los picos, / los silencios del cerro de la sal / que son míos, siempre míos». En el caso de esta antología el viento significa una suma de voces, miradas, tiempos y silencios que siempre están en movimiento entre la naturaleza, lo histórico, lo mítico, lo colectivo y lo íntimo. En tal sentido, encontramos que la literatura amazónica tiene como fuente principal la tradición oral de sus pueblos y vemos, paulatinamente, el paso de una perspectiva naturalista a una mirada de reconocimiento e incorporación de sus cosmovisiones locales.

I
La cultura letrada amazónica del siglo XX tuvo como eje principal a Iquitos. Esto se refleja en la presente antología que —al reunir autores que comienzan a publicar entre 1957 y 1989—, está conformada casi íntegramente por literatura procedente de dicha ciudad, evidenciando las principales líneas de trabajo del periodo, así como a sus autores más representativos. Esta circunstancia ha cambiado en los últimos años, en los que se vienen desarrollando movimientos culturales en distintas ciudades de la región, diversificando aún más el panorama de la literatura amazónica contemporánea. Lo cual, sin duda, deberá reflejarse en futuras muestras de la producción literaria regional.

Esta antología es resultado de diálogos con actores culturales y lectores que se iniciaron durante la elaboración de la exposición permanente *Intensidad y altura de la literatura peruana*, cuando nos sumergimos en las historias literarias de la nación. Esta experiencia reveló la necesidad de visibilizar la producción literaria de la Amazonía enmarcada en la tradición literaria nacional y evidenciar la complejidad cultural del país.

Estas voces dan cuenta de la complejidad y diversidad de este universo, donde a partir de las transformaciones sociales surgen y se entretienen nuevas redes que nos presentan una Amazonía transformada. De este modo, planteamos *desarchivar* la literatura amazónica para ampliar la tradición literaria peruana, también es una invitación a la academia y a la crítica para diversificar su mirada en torno a la Amazonía. Entendemos *desarchivar* como «mostrar lo oculto, exponer lo arrebatado [para] contribuir a la memoria»¹. Entonces, esperamos propiciar miradas y discursos plurales en torno a nuestra literatura que aporten a la historia cultural y a la memoria colectiva. Por ello ha sido y es importante hurgar en los archivos regionales, por lo general olvidados, adentrarse en bibliotecas públicas y privadas, y ubicar y dar valor a documentos postergados para encontrar y visibilizar escritos valiosos cuya poética debe formar parte de nuestro acervo cultural. Lo hallado, pese a ser un trabajo inicial, confirma que la Amazonía es una gran comunidad con historias propias de encuentros, búsquedas, transformaciones, intercambios y resistencias continuas que tienen el poder de hablar por sí mismas.

Nuestra búsqueda se realizó siguiendo hitos de la historia cultural y literaria amazónica: los momentos clave, escritoras y escritores representativos, las distintas motivaciones, los encuentros entre la palabra escrita y la oralidad, entre distintos pueblos y visiones del mundo, la constante transformación del mundo amazónico. Empezamos en la Biblioteca Nacional del Perú, en Lima. Continuamos en la Biblioteca Amazónica

¹ Funes, Patricia. «Desarchivar lo archivado. Hermenéutica y censura sobre las ciencias sociales latinoamericanas». En: *Iconos*, 30. Quito: FLACSO, enero de 2008: 38.

del Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía (CETA) en Iquitos y las bibliotecas de las Direcciones Desconcentradas de Cultura de Loreto y San Martín, en ellas encontramos buena parte del conjunto que hoy integra este libro. Sin embargo, la escasez y precariedad de los archivos institucionales existentes no nos permitió hallar más pistas sobre la producción literaria amazónica. Así, nuestra pesquisa se completó con archivos personales custodiados por los mismos escritores y sus familiares.

En la exposición destacamos algunos hitos culturales como la llegada de los españoles y las expediciones al río Amazonas durante el siglo XVI, el ingreso de los misioneros a las comunidades amazónicas y la posterior rebelión dirigida por Juan Santos Atahualpa desde 1742, la explotación cauchera iniciada a mediados del siglo XIX y culminada en la primera mitad del XX. Destacamos la celebración del IV Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas (1942), auspiciada por el Estado, puesto que es el marco del surgimiento de la obra de Arturo Hernández y Francisco Izquierdo Ríos, que alcanzaron dimensión nacional y se tornaron en referentes fundacionales de la literatura amazónica. Así como *La Jornada del Libro Loretano* (1957), hito cultural que marcó el inicio de la poesía contemporánea de la región. Desde la década de 1960 el Estado desarrolló diversas políticas de modernización de la selva peruana. En 1962 se crea la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana, en 1964 se inicia el proyecto de la carretera denominada La Marginal de la Selva buscando conectar Perú, Colombia, Ecuador y Venezuela y generar un intercambio comercial más fluido, facilitando el desarrollo de las actividades extractivas de petróleo y madera. Esto modificó el bosque amazónico generando que poblaciones indígenas migren a la ciudad, aumentando su

población de manera considerable y reconfigurando el diseño de las urbes amazónicas. Todo esto potencia y complejiza el intercambio cultural en la región.

La celebración del IV Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas (1942) y La Jornada del Libro Loretano (1957) son los dos grandes disparadores de la literatura amazónica en el periodo que abarca la exposición. Como ya se dijo antes, la primera enmarcó el surgimiento de los narradores «clásicos» de la Amazonía, en tanto la segunda marcó el inicio de su poesía contemporánea. *Allí donde canta el viento* reúne a diecinueve autores surgidos a partir de este segundo hito y en estrecha relación con el desarrollo de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana. Cabe recordar que en 1963, apenas a un año de su fundación, se inicia el grupo Bubinzana, y en 1966 comienza a publicarse la revista *Proceso* que subsiste por más de dos décadas. Todo ello permite el desarrollo de una dinámica cultural autónoma y ágil, las voces literarias de la Amazonía se renuevan, empiezan a explorar y dialogar con la visión mítica y chamánica de los pueblos indígenas, cuestionan el pasado reciente de la explotación cauchera y asumen un compromiso social a través del periodismo. Por ello, la ciudad de Iquitos se torna un escenario literario donde se generan lazos entre distintos lugares y actores. Narowé, Kaametzta y Pachakamaite, primeros ashaninkas de los mitos de origen, Cotuhé y Yara, seres míticos de los ríos que están presentes en la obra de Róger Rumrill, Javier Dávila Durand, Jorge Nájara y César Calvo Soriano. Su acercamiento a los pueblos ashaninka, awajún, amahuaca, shipibo, entre otros, les permiten cuestionarse sobre la historia, el orden social y la relación con la naturaleza. De este modo, buscan generar puentes entre el mundo indígena y el mundo mestizo.

En 1979 el grupo Urcututu inicia uno de los periodos más interesantes de la literatura amazónica, desde la revista *Carachama* publican sus primeros poemas, donde apelan al archivo histórico y denuncian la devastación de la naturaleza. Su producción, mayormente poética, reivindica la visión mítica de la Amazonía. En este mismo periodo aparecen el grupo cultural Oruga y escritores como Arnaldo Panaifo, quienes construyen una poética propia y —desde distintas trincheras—, se asumen parte de un mundo mítico y urbano a la vez.

En Iquitos, Pucallpa, Tingo María, Puerto Maldonado, Tarapoto, Moyobamba, Chanchamayo, Yurimaguas, Oxapampa, Amazonas, etc., la literatura amazónica se sigue escribiendo, así se va conformando un proceso distinto al anterior, complejo y desbordante, del que sin duda darán cuenta futuras antologías. Esperamos que los lectores disfruten los textos de este volumen, y que estos los inviten a reflexionar sobre nuestros vínculos con la naturaleza, nuestro lugar en la diversidad cultural y nuestras visiones sobre la Amazonía. Asimismo, rendimos homenaje a los que abrieron la trocha de la literatura amazónica: Francisco Izquierdo Ríos, Arturo Hernández, César Lequerica, Arturo Burga Freitas, Humberto del Águila, César Calvo de Araújo; a los artistas plásticos que los acompañaron; a los promotores y gestores de la Biblioteca Amazónica, a los organizadores de los coloquios y congresos de literatura amazónica y a todos los héroes culturales que promueven y conservan la memoria histórica de la Amazonía.

Kristel Best Urday
Yaneth Sucasaca



GERMÁN LEQUERICA
(Iquitos, 1932-2002)

I

Realizó sus estudios secundarios y universitarios en Lima. Ha publicado los poemarios *Selva lírica* (con Raúl Hidalgo Morey y Daniel Linares Bazán, 1952) y *La búsqueda del alba* (1957); los libros de cuentos *Ese maldito viento* (1986), *El soplador y el tigre* (1987) y *El soplador y el chullachaqui* (1994); y la novela infantil *El viaje de la vida* (con Orlando Casanova, 1986).

AHASVERUS

«El hombre es una sombra que pasa».
David.

Los caminos sintieron el instante
en que Ahasverus descolgó sus sandalias
de fuego, y gimieron, borraron las
señales de sus nombres para que los viajeros
no los vieran florecer. Se apartaron del mundo.

Así mientras las luces y las sombras se amaban libremente,
los deseos furtivos solo pudieron anidar
en los crepúsculos audaces, en los celajes
cuya frecuente exactitud desataba la
euforia de los días, en la virtual sonrisa
de los rostros perdidos, y en el tiempo
que pasa y no sabe que pasa.

Pero Ahasverus viene, se acerca irreverente. Su paso
redoblante incendia la pradera, abre desdichas en
las paredes de los sueños, satura de
sonidos calcinantes los oídos mortales
y otea como un lince los abismos del alma.

Por ello, para escapar del laberinto, he sembrado en
el viento que se aleja mis esporas
de albatros y he plegado mis alas de ceniza.

Después que haya pasado me sumaré a su sombra
y erraré junto a él, sin deseos, sin esperanza alguna.
Con los pies en el aire, libre al fin, cumpliré sin saberlo
mi destino de larva
de papel.

De: Sui Yun, *Cantos para el mendigo y el rey* (1999).

I

[HE VISTO AMANECER A MUCHOS HOMBRES]

He visto amanecer a muchos hombres
junto al mismo recuerdo
gemir a muchas voces
caminar por la estancia abandonando
precipitadamente
a muchos hombres
distantes de la estrella y la memoria

He visto a los amigos de los otros amigos
—a los propios amigos—
discutir de la vida enardecidos

I

He visto que medían mis plaquetas
palpaban mis despojos
repartíanse prestos mi silencio

He visto sola pasar emocionada
la brisa aquella en que te di mis ojos

Pero también
al viento que retoza en los maizales
en los rostros cetrinos
en la sien sudorosa del trabajo
he visto retornar
ayer
con toda su alegría
Y al árbol
y a la mujer
y a la misma esperanza que conozco

De: *La búsqueda del alba* (1957).

I

TEDDY BENDAYÁN
(Iquitos, 1942-1999)

I

Miembro del grupo Bublinzana. Ganó los Juegos Florales de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana (UNAP) con *Canto a la primavera* (1962). Participó en la publicación de las revistas *Bublinzana* (1965), *Surcos* (1969) y *Trinchera* (1969). Editó, junto a Armando Ayarza, la antología *Bublinzana, literatura mágica de la Amazonia: (estudio y antología)* (1985). Ha publicado los libros *Humedad ardiente* (1964) y *Germen de luz* (1996).

«ATASHAY»

¡Compadre de penas civilizadas!
Compadrito...
de esta oriunda tristeza;
otro año pálido, descalzo,
murió gritando
en la trocha de mi alma.

Cumpa... cumpa...
¿por qué tantas flores de miseria?
¿por qué tendrías que ser tú el padrino de mi llanto?

¿Por qué... por qué
otro enfermo día, echando en su tarde,
bostezando sombras, se durmió de hambre?

¡Atashay compadre!... nos están engañando;
¡mira como hinca el perro sus ladridos!
¡cómo en dislocada danza
arrastra su lengua piadosa!

Atashay...
cobardes incendios de basura,
ya crecido el río de mi sangre
apagará las ruinas.

Vamos compadrito...
ya volvió corriendo tu ahijado llanto

al tambo que enlutado espera;
ya murió el día en ataúd de carbón,
morirá la noche en caja de luces;
y quedarán en nosotros, compadre,
sembrando recuerdos y arrugas.

Pobre chacra nuestra,
seguirá purma... purma de dolores.

Atashay... atashay del hombre,
¿cuándo nacerá memoria para olvidar tu nombre?

De: *Humedad ardiente* (1964).

JAIME VÁSQUEZ IZQUIERDO
(Iquitos, 1935-2008)

I

Miembro de los grupos Bubinzana y Tahuampa. Ha publicado las novelas *Río Putumayo* (1986, en versión mimeografiada 1984), *Cordero de Dios I* (1989), *Cordero de Dios II* (1991), *Kontinente negro* (1998), *La guerra del sargento Ballesteros* (2006) y *Hashkivenu avinu* (2008, póstuma), y la colección de cuentos *Meditaciones del hambriento* (1993).

CAPÍTULO IX: CUENTOS

Las trincheras camufladas con árboles enteros en algunos sitios. La zona de vigilancia de la escuadra del sargento Canaquiri abarca desde el gran árbol de machimango, que aletea como una máquina puesta de pie, hasta el arroyo oculto en aquella depresión del terreno cubierta de vegetación de un extraño color negruzco. El caño de agua negra parece hallarse inmóvil, pero corre veloz por debajo de la superficie. En las noches o cuando en ciertos momentos el día es una cosa muerta se oyen chapoteos en las aguas. Los soldados corren a averiguar que es lo que ha estado jugando en la linfa pero solo alcanzan a ver un temblor y una línea de espuma y el silencio profundo de la selva. La tarde no es más que luz detenida.

I

—Es inútil, mi capitán. Es la madre del agua, una boa inmensa, su cabeza chata, triangular, sus ojos verdes, directos, que enfocan como luz. Aprisiona a los animales con la mirada.

El capitán Barba observa detenidamente al hombre que habla y empieza a tomar notas en una libretita.

Muchas veces, en medio del río, las canoas desaparecen de repente, a la vista de todos. No hubo oleada. ¡Es la boa, mi capitán! ¡Nadie que la haya visto escapará de sus anillos! Por eso los indios fingen no oír cuando sus chanchos gritan a la orilla del río, porque saben que aquel que mira a la boa, la sachamama, es hombre muerto, tarde o temprano, mi capitán. Y el capitán, que ha estado observando el agua negra, dirigiéndose a otro: ¿Es cierto eso de la boa, soldado Valdez?

—Debe ser cierto, mi capitán —contesta el aludido—. Yo soy de Iquitos, pero casi nunca he salido de la ciudad, no

le puedo afirmar nada. Los que viven en los ríos conocen mucho de esto.

Y el capitán:

—A ver tú, Cometivos.

Y el soldado Benito Cometivos: bueno, mi capitán, yo no la he visto de frente, pero he oído contar. Y el capitán: ¿nadie la ha visto? ¿Solo han oído...? Y el soldado: ¡pero existe! A veces, sin un por qué ni para qué se forman remolinos en el río como inmensas ollas coronadas de espuma y se logra ver algo, un lomo brillante. La oleada que origina llega bien fuerte a la orilla, hace balancearse y chocarse entre sí a las canoas. A veces es tan fuerte que las voltea y las arroja a tierra. Esto sucede cuando quiere llover... Y también, una vez, cuando nos encontrábamos navegando en el río Cotuhé, oímos un gran ruido, un fragor dentro del monte, los pájaros se alocan y huyen chillando desbandados, el fragor se aleja monte adentro. Mi primo no resistió la curiosidad, bajó a tierra; lo esperamos mucho tiempo. Cuando creíamos que ya no regresaría le vimos salir del monte, asustado. Nos contó que había encontrado la selva abierta como una calle, destrozada como una mujer deshonrada a la fuerza, ji, ji.

Ningún animal, ji, ji, que no sea la sachamama puede hacer eso, mi capitán...

Los hombres rodean al oficial, se han sentado en la hierba, los fusiles máuser al alcance de la mano. El capitán Mauricio Barba, moreno, de ojos grandes y cejas feroces, se quita la cristina y alisa sus cabellos. Que continuara el soldado Cometivos, ¿quién le había ordenado que se callara?, increpa el capitán. Y el soldado: hay mucho que contar, mi capitán. Cada animal de la selva tiene su leyenda. Lo demás que sé de la boa

es que es muy larga, de un solo coletazo derriba huacapúes o machimangos como ese. Y extiende el brazo señalando al gran árbol punto de referencia. Cuando vadea los ríos, su cola todavía no ha llegado al agua, pero su cabeza, más grande que un remo de tiro, ya asoma en la otra banda. Y sale a dormir a tierra. Duerme mucho la gran flauta. Los montaraces cuentan que la loma en donde se habían arrimado a descansar empieza a temblar como un terremoto y a desplazarse. Es la boa que despierta. Le habían crecido hierbas y árboles de cetico sobre el cuerpo. El cazador tiene que esconderse en cualquier parte. El animalazo se aleja tumbando árboles, mi capitán... Y el capitán: muy bien, Cometivos. A ver tú, Lauro, que pareces ser del río, ¿algún otro cuento? Y al Lauro pequeñito (cómo siendo enano te han admitido en el Ejército, ji, ji... ¡Silencio, no molestar a su compañero!). Gracias, mi capitán. Y volviendo al caso, no es cuento. Mi tío, que vivió toda su vida en la selva, asegura haber visto a la yacumama. Y el capitán: yacumama, sachamama, yacuruna. Voces quechuas, influencia quechua... ¿Ordena algo, mi capitán?, inquiera el Lauro deteniendo su relato. No, hijo. Continúa eso del yacuruna. Y el oficial vuelve a su libretita de apuntes. Y el soldado: el yacuruna es el demonio del agua. Cuando se enamora (es mujeriego, más que el Mamerto, ji, ji) adopta formas distinguidas. Delicado, bien vestido y bien rasurado, sin que nadie sepa cómo, aparece de repente en el caserío donde vive su enamorada. Llega siempre al atardecer, cuando el río se halla de lo más tranquilo. La muchacha empieza a desesperarse si él se demora algo. Todo es mirar al río. Así le pasó a mi prima Etelvina. Ella no daba cara a nadie en el caserío, ni siquiera a los regatones que venían de Iquitos, corría a esconderse en su casa, hablaba de hacerse monja. Pero una

tarde, lo que nunca, se demoró lavando al canto del agua. Ya iba anocheciendo y, como no aparecía, su padre fue a buscarla, la encontró hablando con un caballero vestido de terno entero, el hombre saludó cortésmente al viejo, se apresuró a despedirse y se alejó siguiendo la orilla, y cuando mi tío y la Etelvina se alejaban del lugar oyeron un gran tumbo, como si alguien se lanzara al agua. El viejo paró la oreja. Desde ese día mi prima quería solo vivir junto al río, lavando y lavando nomás. Una noche el caballero, siempre con su traza y vestido como si fuera del otro bando, disculpe, mi capitán, ji, ji, se presentó en la casa y solicitó que le permitieran visitar a mi prima. Y ante el asombro de todos (¡Etelvina! ¡Cómo de buenas a primeras aceptas a un hombre!... Y los ojos de la vieja, su madre, relampaguearon de cólera), ella estaba como esperándolo. Los viejos no tuvieron más que admitir. A ella no le importó que la riñeran. Su padre ensombreció el rostro por la cólera pero no dijo nada. Y fue a sentarse a la puerta de la cabaña a remendar la tarrafa. Mi tía Mariana, que en paz descanse... (y que de Dios goce) (¡Silencio!, vuelvo a repetir. Es una orden. ¡No molestar más al Lauro!). Gracias, mi capitán... A mi tía no le quedó más que admitir a la visita.

A partir de esa noche la Etelvina se comportaba como alocada. Realizaba sus obligaciones a la ligera, sin fijarse bien en lo que hacía, tumbaba platos, soltaba cucharas y pocillos. Su madre, la pobre vieja, sufría. Mi tío le quitó la palabra. Mi prima ladró de fugarse con el hombre si no le permitían que la siguiera visitando. Pero la vieja sabía mucho. Sabía por vieja, como el diablo, que sabe las mañoserías, no por diablo, sino por viejo...

El capitán y los soldados sueltan la carcajada. Y el Lauro, animado: ¡cierto, mi capitán, mi sargento! La vieja Mariana

era, pues, sabida, y no iba a permitir que su hija se perdiera por un desconocido. Acompañada de su marido fueron a ver al curandero, que tenía su tambo a dos días de subida. Mi tía había notado que el novio aparecía siempre al anochecer y lo hacía de improviso, y no había atracada a la ribera ninguna embarcación para decir que en ella hubiera venido. Además, en ciertos momentos de la conversación (¡qué le iban a dejar sola a la Etelvina con el hombre!), cuando el caballero movía la cabeza y la llama del lamparín le cruzaba los ojos, su mirada adquiría cierto color rojizo, impropio de un ser humano. También su frente y sus orejas mostraban formas raras. Todo esto le contó al brujo. Este fumó un sharuto de tabaco fuerte hasta marearse; luego, tropezando por la borrachera, fue a mirar al agua, estudió atentamente las ondas que se abrían al impacto de trocitos de cierto árbol que lanzaba a ellas; repitió la operación en una noche negra y en una noche en que la luna alumbraba hasta los árboles de la orilla opuesta. El trabajo es difícil, les dijo al fin. El hombre que visita a su señorita hija es el yacuruna. Tenga este mazo de tabaco, es preparado. Recién le deshebran la noche en que lo van a emplear. Y ténganlo bien cubierto porque si lo huele el yacuruna huirá y la muchacha no tardará en desaparecer tras de él... Cuando el hombre se halle conversando con la señorita le tiran de improviso el tabaco. Si es demonio huirá gritando y nunca más volverá a molestar a la señorita. Pero luego me la traen lo más pronto posible para quitarle el hechizo. Ahora regresen rápido a casa, no vayan a encontrarse con que el yacuruna se ha robado ya a la muchacha.

Los acompañó hasta la canoa. No quiso recibir ni por nada recompensa alguna. Con su palidez y sus arrugas parecía como si hubiera nacido de la hojarasca que se pudre con la lluvia...

Los viejos regresaron a marchas forzadas, bajaron en bote sin comer y sin dormir. Cuando al fin llegaron todo el caserío estaba asustado, el hombre ya no venía solo como otras veces, lo acompañaban otros caballeros que se quedaban junto al río como haciendo guardia...

Esa noche los viejos hicieron tal como les había indicado el curandero. Y al cariñarse mi prima con el novio les echaron el tabaco. El hombre pareció volverse loco, gritaba, aullaba, de un salto se tiró desde el emponado y echó a correr tropezando. Pero antes de alcanzar el río habíase convertido en yacuruna. El animal se revolcaba en el polvo, arqueaba el lomo, coleaba furiosamente, halándose como gusano trataba de llegar al río; los otros demonios le ayudaron a botarse al agua e hicieron lo propio. Al rato aparecieron varios yacurunas bien lejos de la orilla; silbaban, brincaban, se elevaban de un salto, chorreando agua, sobre la superficie del río; y jugando igual que muchachos traviosos, se fueron alejando. Mi prima quedó como loca. Agredió a su madre. Tuvieron que amarrarla. Y así la condujeron ante el brujo. Durante el viaje varias veces quiso tirarse al agua. El curandero le sopló con humo de tabaco catorce noches seguidas. Se curó. Pero ya no fue la misma. Permanecía callada, sin oír a nadie, ni a su madre que la mimaba y que se deshacía en lamentos cuando le rechazaba la comida que le ofrecía. Iba al borde del río a mirar el agua durante horas y horas. No les puedo decir en qué paró la cosa, mi capitán, mi sargento, porque en esos días me movilizaron.

El capitán Barba se había echado de espaldas sobre la hierba cruzando los brazos debajo de la cabeza, como era su costumbre, para escuchar el relato. En eso se oyó el ronroneo de un avión, todavía distante. El oficial se puso de pie como

un felino. También los hombres se levantaron prestamente y tomaron posiciones. Un vigía hizo una seña. El avión dejó ver las insignias enemigas, evolucionó como inspeccionando y se alejó hacia el norte.

Se habían producido combates en la boca del río Algodón y en las cabeceras del Cotuhé. «Y en esta zona del frente se esperaba un ataque inminente del Ejército colombiano», piensa el capitán Barba. Aviones como el de hace un rato y cañoneras enemigas merodeaban por los contornos. Espías despachados a la zona enemiga avisaron de grandes movimientos de tropas. Un regimiento mercenario francés había regresado a su patria vencido por los rigores del clima. El Ramón Soria se había prometido cortar muchas cabezas gringas (¡por Dios y por la María Santísima!). Los buscaría ex profeso en el combate pues le costará más a Colombia la muerte de un soldado gringo, había dicho.

I

El Putumayo aparece demasiado ancho para que una tropa enemiga lo cruzara sin descubrirse. Las piezas de artillería estaban dispuestas para tiro cruzado sobre el río. Solo el gran cañón Krupp hacía dudar. El artillero no estaba seguro de que pudiera disparar más de una docena de proyectiles o quizá ninguno. Durante los ejercicios de tiro los soldados habían aprendido a salvar la vida amenazada por sus propias armas. Debía de ser muy ágil el artillero, el retroceso del cañón podría matarlo si lo pillaba desprevenido. El capitán Barba meditaba en todo, le preocupaba la experiencia combativa y el salvajismo de los mercenarios. Contemplaba con oculta tristeza cómo sus hombres bromeaban, reían, limpiaban sus armas; y se rieron a carcajadas faltándole el respeto por primera vez, según ellos, cuando les habló de la ferocidad del mercenario. ¡Que vengan,

mi capitán! —le habían contestado—, ¡si ellos son feroces, nosotros somos fieras!... Y él mismo nunca había estado en combate. Pero estaba seguro de que sus hombres responderían magníficamente contra el ejército mercenario, a todas luces más capacitado, más numeroso y mejor armado. Y a pesar de la ventaja enemiga llegaban noticias de fieros combates en las selvas sin que se decidiera nada. «Será una guerra de desgaste», pensaba el capitán. Pero si nos toca combatir (¡que vengan nomás, mi capitán, ya verá usted cómo hacemos desaparecer compañías enteras en el monte!), sea quien fuere el enemigo, habremos de hacerlo como verdaderos descendientes del coronel Bolognesi. Así le prometían siempre. A él no le quedaba más que arengarles, ocultarles su propio temor, inspirarles confianza. Se agarraba dolorosamente a su curso de Psicología de Combate hecho en la Escuela Militar. Y por las tardes, en el cuartel, luego de cumplidas las faenas, y ahora más que nunca, les hablaba, les arengaba: ¡Recuerden Arica, recuerden Angamos! Chile precisó de cuatro largos años para vencernos, y eso que no peleó en estas selvas, y sin considerar que en ese tiempo los peruanos éramos una desgracia. Ahora estamos frente a un enemigo que ha saqueado almacenes y depósitos peruanos. ¡Somos pumas! ¡Somos serpientes! ¡Acuérdense del coronel Bolognesi!... ¡Sííí, mi capitán...! Las tropas se hallaban enardecidas, ansiando el momento de combatir. Por su patria y por su capitán. Había en él algo de solemne, de seguro, de recio y misterioso como sus selvas.

De: *Río Putumayo* (1986, novela).

RÓGER RUMRRILL
(Iquitos, 1938)

I

Escritor y especialista en temas indígenas y ambientalistas. Miembro del grupo Bubinzana. Ha publicado, entre otros libros, *Poemas* (1960), *Magias y canciones* (1971), *Axpikondiá* (1972), *Memoria desde un otoño* (1975), *Los condenados de la selva* (1982), *La anaconda del Samiria* (1997), *El ser amazónico. Problema, arte e identidad* (2006), y *La virgen del Samiria* (2011).

¡Qué historias se tejían sobre Cayapo en nuestro pueblo de Terrabona! Buenas y malas lenguas se ocupaban de Cayapo. Unos decían que Cayapo era un shamán que se transformaba en bufeo colorado y así, sembrado de musgos verdes y con sus ojos de fuego, se sumergía al fondo de las aguas. Allí vivía por tiempos que se calculaban por las estaciones de la luna. Decían, esas mismas lenguas, que Cayapo en la fase de cuarto menguante se ponía furioso y salía a la superficie del río y daba coletazos a la canoa de algún solitario navegante hasta hundirlo. Nunca más encontraban al náufrago, porque el bufeo Cayapo se encargaba de arrastrarlo a las profundidades del Amazonas.

Pero las buenas lenguas del pueblo contaban otras historias de Cayapo: que en su ya ignorada juventud había sido el mejor cazador de Terrabona. ¡Y eso —decía el viejo Oroma— ya es decir bastante, porque de Terrabona salían los mejores mitayeros de esta parte del Amazonas!

El mismo Cayapo con su forma de vida alimentaba las historias que se contaban de él. Era un hombre solitario que nadie había visto en el pueblo hacía mucho tiempo. Todo lo que se sabía sobre él era de oídas, lo que la gente murmuraba en las cantinas y en el puerto. «Creo que ni siquiera está ya vivo», se arriesgaban algunos a murmurar. Pero el viejo Oroma nos dio a mí y a mi hermano la versión real sobre Cayapo.

—Cayapo está ya muy viejo y no sale nunca al pueblo. Vive en un tambo en el lago Boa. Se pasa el tiempo tomando

jugos de plantas y raíces y en el día pesca en el lago. Ya tiene noventa años y ha prometido vivir hasta que aparezca en el cielo una gran cometa de fuego, que su abuelo vio hace muchas lunas en el cielo de la Amazonía—, dijo con cierto misterio el viejo Oroma, el más viejo de los viejos de Terrabona. En ese instante, solo hablando con los ojos, tomamos la decisión con mi hermano de ir en busca de Cayapo, el cazador.

I El lago Boa está a tres horas de camino de Terrabona atravesando el famoso renacal de las anacondas cantoras, conocido así porque en las intrincadas raíces de esos árboles habitan unas anacondas que cantan cuando va a llover. Quienes han escuchado ese concierto afirman que es una música de otro mundo, algo indescriptible, una sinfonía que aturde y encanta al mismo tiempo, como si en un cántaro cocama algún shamán hubiera juntado todos los sonidos de la Amazonía: el gorjeo de los pájaros, el llanto de los yacurunas, el canto del ayaymaman, el viento sobre el agua, la brisa jugando con las hojas, el rugido del otorongo, la palabra del hombre. Cruzamos el renacal en plena mañana, cuando el sol caía como una lluvia de fuego sobre el monte que recién parecía despertar. Las aguas del renacal estaban quietas y mirando los gramalotes que nadaban sobre la superficie oscura en forma de pequeños islotes, observando las incontables raíces de esos árboles que parecen arañas de mil patas adivinábamos la mirada lluviosa de las anacondas.

—No hagan ruido cuando pase el renacal. El ruido las excita y pueden salir a la superficie por millares—, nos había advertido el viejo Oroma, que es uno de los pocos que ha atravesado el renacal de las anacondas cantoras en busca de pesca en el lago Boa.

—Ahora ya sé por qué Cayapo vive en el Boa, porque para llegar al lago hay que pasar el renacal y muy poca gente se atreve a hacer esta travesía—, comentó mi hermano Antonino.

El bosque de gigantes con la cabellera en el agua se fue haciendo menos denso. Navegando en silencio entre árboles de apariencia más joven dimos con el canal de desagüe del lago Boa, de aguas barrosas, y que al mezclarse con el agua negra —quemada por el sol— del renacal, semejava la sangre de algunas especies de árboles desconocidos que los indios tasajan para embadurnarse con ese líquido en las ceremonias sobre la muerte.

Había un silencio opresivo sobre el bosque, quizá por el calor o porque en esta parte de la selva los pájaros huían espantados al escuchar el canto de las anacondas. Todo cambió, sin embargo, luego de surcar el corto canal cuando súbitamente desembocamos en la majestuosa solemnidad del lago Boa, poblado de shiringas en sus orillas donde comían espléndidos guacamayos de pecho rojo y alas azules. Parecía la visión del paraíso en el primer día de la creación.

El lago estaba extrañamente quieto, como si el viento se hubiera quedado suspendido en alguna lupuna. Solo el ruido que hacían los grandes que se tragaban enjambres de peces pequeñitos y que huían despavoridos, rompía por instantes el silencio que luego reinaba sobre el lago. Remamos muy cerca a la orilla y divisamos al fondo una columna de humo que crecía como un árbol. «Allí debe estar el tambo de Cayapo», susurró mi hermano Antonino.

Efectivamente, al pie de la columna de humo que emergía de un fogón al aire libre se veía un tambo grande, con techo redondo, como el de los indios. La choza se levantaba a pocos

metros de la orilla del lago y a ella se llegaba por un caminito construido con troncos redondos puestos allí como una escalera. En la orilla había una canoa pequeña, como la que utilizan los figsas en los lagos para pescar paiches.

—Creo que no está en el tambo. Quizá se ha ido al monte, porque su canoa está aquí— comentó Antonino, mientras nos acercábamos a la choza.

—A tiempo llegan, les estoy esperando— y su voz, repentina, nos provocó un sobresalto. Salió de entre matas de palmeras y se acercó a nosotros. Era un hombre pequeño, todo en él era viejo y gastado: su ropa, sus pies, su pelo. Salvo sus ojos, que tenían la frescura y la vitalidad del monte.

—Anoche mi compadre Oroma me avisó que venían a visitarme, por eso les estoy esperando desde temprano. Pasen al tambo—, y diciendo eso subió las gradas de una escalerilla con agilidad y sus pasos hicieron crujir el emponado que se levantaba a casi un metro del suelo.

Antonino me miró con sorpresa. Él, igual que yo, estaba seguramente pensando en la forma cómo el viejo Oroma le había dado aviso sobre nuestra visita. ¿Cómo le avisó?, nos preguntábamos interiormente. Ni Oroma había venido a Boa, ni Cayapo había salido a Terrabona ¿Quizás en sueños?

Al instante nos acordamos las historias que contaban algunas gentes de Terrabona: que Cayapo se transformaba en bufeo colorado y en pájaro y que volaba sobre la selva sin conocer distancias. Tuvimos miedo, pero solo por un momento, porque las palabras y la actitud de Cayapo nos tranquilizaron:

—Siéntense, muchachos, voy a invitarles masato y palometas ahumadas—, y ante nosotros desplegó, sobre unas hojas de bijau, tres hermosos y suculentos pescados ahumados,

redondos como platos, y tres tazas de humeante masato, además de una porción de yucas cocidas.

Yo fui el que se atrevió a hacer la pregunta que dio origen a la larga historia que nos contó Cayapo. Me atreví porque no pude contener la curiosidad de tener junto a nosotros la piel de tigre más grande que alguna vez había visto en mi vida. Era una piel de otorongo que estaba templada en dos travesaños largos como cruces. Ese tigre debería haber tenido más de dos metros de largo. Solo bastaba mirar el tamaño de la piel de su cabeza y de sus patas para imaginarse al otorongo caminando, un rey en el monte.

Cuando le pregunté quién había matado a este tigre, Cayapo pareció no haber escuchado mi pregunta. Luego Antonino y yo notamos que sus ojos se ponían más rojos de lo que habitualmente estaban por las cataratas. «Esa es una historia muy larga», dijo con voz temblorosa. Ante nuestra insistencia, exclamó como ofuscado: «Si les interesa, les voy a contar la historia del tigre que es la historia de mi vida».

Se quedó en silencio mirando durante largos minutos la piel del otorongo. Luego con voz suave, profunda, empezó a hablar.

«Yo era joven y vivía en Terrabona. Me dedicaba a curar a los enfermos del pueblo con plantas medicinales como el chuchuhuasi, la huacapurana, el mururé, la cumaseba, el clavo huasca, el indano, el chullachaqui caspi, la abuta, el azúcar huayo, el tahuarí y otras plantas.

Un día de verano cuando hecha flor la cañabrava y en el monte alto se madura el ushún, nos fuimos con un amigo a buscar plantas en el monte alto, en los cerritos, porque cuando más alto es el terreno mejor y más fuerte es la planta

medicinal. Como llegó la noche, cortamos hojas de yarina para hacer una chapana y nos quedamos a dormir esa noche en el monte. Estábamos metidos en nuestros mosquiteros, en silencio, escuchando los grillos, el canto del pájaro tuhuayo, a la perdiz que da la hora, a los monos que comían en los troncos de quinilla, a la huapapa que cantaba en las ramas de la lupuna, estábamos escuchando cuando todo se quedó en silencio. Parecía que la selva se había muerto, que su corazón había dejado de latir, que por un instante se había terminado el mundo.

«Cayapo me estoy quedando sordo con el silencio», me dijo mi amigo. Y su voz, y mi voz, parecía que era lo único que existía y vivía en el monte. Yo sentí un escalofrío de muerte. Algo que nunca he sentido. Pero ese miedo solo ha durado un instante, porque después la selva ha vuelto a ser lo que es: cantos, gritos, ruidos, los sonidos de las cosas que no se ven. Nos dormimos pensando en el misterio de ese silencio.

Al día siguiente regresamos a Terrabona y nos enteramos de una gran desgracia: a la misma hora en que la selva se quedó en silencio había temblado la tierra y un cerro había caído sobre el río y el río se convirtió en un horrible y pestilente barro que mató a los peces, a los hombres y a los animales.

Entonces me di cuenta que la selva, mejor dicho la naturaleza, tiene oídos, tiene ojos, tiene corazón, tiene sentimientos, y un cerro que caiga, un árbol que se corte, un pájaro que muera, un arma que se dispara, todo se registra en el corazón de la selva.

Por esa época de mi juventud me dedicaba al estudio de las plantas medicinales y a curar las enfermedades de la gente que se enfermaban en Terrabona, en Tapira, en

Tamishiyacu y otros pueblos del Amazonas desde donde venían a buscarme. Tenía también otra gran afición: la cacería de animales. Algunas personas decían: «Cayapo es uno de los mejores mitayeros que hay en Terrabona y muchas leguas a la redonda». Pero yo no me envanecía con esa fama. Es cierto que me había preparado para ser mitayero. Porque todo en la vida requiere preparación, para ser mitayero, para ser maderero, todo requiere preparación. A mí me preparó don Ambrosio Isuisa, un mitayero que conocía los secretos de la selva y de los animales como nadie. Don Ambrosio me dijo un día: «Cayapo, si tú quieres ser el mejor mitayero de Terrabona tienes que purgar». Entonces, hizo un preparado de sanango y me hizo beber en la mañanita. Me dijo: «no comas manteca, ni sal, ni tengas mujer durante una semana». Todo lo cumplía como él me decía. Y cada vez que salía al monte me tenía que dar un baño con mucura, ajos-sacha, piñón colorado, yuca rallada, todo mezclado con agua florida y alcanfor. A media noche me bañaba, fuera del pueblo, en secreto, porque sino, como decía don Ambrosio Isuisa, el baño no tiene efecto y más bien puede ser al revés: la saladera puede volverse contra el mitayero. Entonces me iba al monte y regresaba cargado de animales: monos, venados, sajinos, paujiles. Parecía que los animales me venían a buscar en el monte. No me olían ni tampoco escuchaban mis pisadas. Claro, tenía mis secretos. En mi mochila, además de mis cartuchos llevaba siempre un talismán: una piedra negra que muy pocos mitayeros encontramos en las tripas de las huanganas. Todos los mitayeros siempre andan buscando esta piedra pero muy pocos la encuentran. Yo tenía esa piedra, que se llama taya, que hay que icarar y dietar unos días antes de usarla.

Muchos mitayeros no saben que algunos animales anuncian mala suerte. La víbora afanina trae mala suerte. A veces en pleno monte se me cruzaba una afanina, inmediatamente me regresaba antes de que pudiera ocurrirme algo malo. También la chicua anuncia la mala suerte del hombre, si es que canta diciendo su nombre completo, chicua. Pero si canta solo diciendo chichi, entonces nada va a pasar. Tampoco es un buen augurio encontrar en el monte un pelejo o shihui, así como el gavián que tiene el lomo pintado. A un mitayero nunca se le puede ocurrir pasar por un cementerio mientras se va de cacería y lo peor que le puede ocurrir a un mitayero en su vida es cargar a un muerto. Por eso yo nunca he aceptado cargar muertos en el pueblo de Terrabona.

I
Así era mi vida hasta esa noche de verano en que la selva se quedó en silencio, su corazón se detuvo y yo creí que la muerte había llegado para los hombres. Porque después de esa noche me di cuenta que la selva tiene mejor oído que los hombres; que el monte tiene un corazón que el hombre no tiene; que la selva tiene una piel que siente más que el hombre las picaduras del zancudo y la mantablanca; que la selva siente mejor que nosotros los hombres lo que pasa en el mundo. Por eso, después de ese día me dije: no voy a disparar mi arma en la selva, no voy a usar mi escopeta porque un día puedo fallar y en vez de disparar sobre la huangana, la sachavaca o el paujil, disparo sobre el corazón de la selva, ¿se imaginan ustedes lo que puede ocurrir el día que muera la selva? No quiero ni pensarlo.

Desde ese día no volví a usar mi escopeta y salía al monte solo con mi machete y a veces utilizaba flechas y pucunas como los indios. Cazaba solo lo necesario; solo lo suficiente para

comer. Me gustaba salir al monte y caminar durante horas por el bosque, oliendo el perfume de las zangapillas, comiendo la leche huayo en las restingas, observando a los venados y a las sachavacas en las colpas, mirando como el pájaro carpintero construye las casas para el loro y el guacamayo, a cambio de los gusanos que estos dejan después que sus hijos nacen. Me gustaba caminar a orilla de los lagos mirando a la huapapa cómo se embadurna el pico con la resina venenosa de la catahua y luego hace la caca, provoca a los peces, envenena el agua con la resina de su pico y hace su buena pesca para alimentarse ella y sus polluelos, los huapapitas.

Nada había para mí como la selva, como el monte. En el silencio de la selva encontraba la paz y la armonía que el hombre busca durante su existencia. Por lo menos eso creía y sentía yo. Hasta el día en que caminando por una de esas trochas secretas y desconocidas para los mitayeros de Terrabona me encontré cara a cara con el otorongo. Puedo recordar después de tantos años los mínimos detalles de ese encuentro: yo cargaba mi machete y mi mochila y regresaba un atardecer de una larga exploración a la colpa de los guacamayos. Nos miramos fijamente: él movió los bigotes y las orejas como diciendo: prepárate que voy a saltar. Entonces retrocedí y me arrimé a un árbol de shiringa. El otorongo saltó, yo esquivé esa primera arremetida pero para evitar que me cogiera por atrás, con sus zarpas, tuve que enfrentarlo y nos trabamos en una lucha que, yo sabía, solo debería tener un ganador. No sé cuanto tiempo duró el combate, solo me acuerdo que me desperté al día siguiente en Terrabona en la casa del viejo Oroma. Me dijeron que me encontraron en la trocha madre, desangrado. Siguiendo los rastros de la sangre encontraron

al otorongo con los ojos reventados y con el machete hundido en el pecho. Ven ese hueco en la piel, ese fue el machetazo que le llegó al corazón».

Nunca hemos podido olvidar el relato de Cayapo. Pero sobre todo lo que ha quedado grabado en nuestra memoria fue la imagen de Cayapo en la orilla del lago, despidiéndose de nosotros, con sus dos muñones como brazos, triturados por el otorongo.

De: *El venado sagrado. Relatos de la Amazonía* (1992).

JAVIER DÁVILA DURAND
(Iquitos, 1935)

I

Participó en la organización de la Primera Jornada del Libro Loretano (1957). Fundó y dirigió la revista *Proceso* (1966-1991). Fue miembro del grupo Bubinzana. Ha publicado, entre otros, *Mis delirios* (1958), *Yara* (1966), *Yo, el sujeto* (1991), *Canto del dolor y de la angustia y otros poemas para amar la vida* (1994), *Cerezo de alba sobre la pagoda* (2003), *Parque de reserva* (2005), *Poemas de amor para no jubilarse* (2005) y *La jungla de oro* (2008).

EL CORO

— Aférrate a mis ramas, Naro-wé. Mi cuerpo de madera será el tuyo. Tuyas mis raíces. Y tuyo mi lenguaje infinito con el viento. Astíllame si quieres. Haz de mí la fogata que calienta los días y las noches de bohío. Húndeme todas las hachas de la tierra, pero nunca nos hieras con tu ausencia.

— Alguna vez fui río. Yo también como tú calcé la bota de las siete leguas. Estuve en el país de las alturas y arribé al continente de las aguas. Pero quise a solas dialogar con la luna y las estrellas. Y aquí me tienes para siempre, exhibiendo en mi lacustre entraña la condecoración del firmamento. ¡Oh, Naro-wé, si tú te quedas podrás echar en mí tus redes para recoger todos los astros!

I

— Son tuyos nuestros nidos, Naro-wé.

— Tuyo el panal de miel.

— Y tuyo, Naro-wé, mis besos de perfume, arribando hasta Yara en la nave invisible de la brisa.

De: *Yara* (1966).

RECLAMO PARA CÉSAR ARIAS

Una casa sin puerta
es nuestra Amazonía,
César Arias.

Una casa sin puerta
que ahora ni nosotros
conocemos.

Ya no nos pertenece.
No es nuestra nuestra casa,
César Arias.

Ni el sol de nuestro patio,
ni aquellos vientos buenos
extendidos,

ni como astros llorando:
los caminitos de agua,
nuestra infancia.

La casa que era nuestra
la habitaban fragores
de ventura,

vecinos de la luna,
ríos de paz juntados
en las manos.

Pero una casa así
no podía ser cierta
nunca, nunca.

Una mañana oscura
nos despojaron todo,
César Arias.

¿Sabes acaso tú
quién ha roto la puerta
de la casa?

De: *Yo, el sujeto*, 1991.

EL RENACO

Solito hace el mundo, lo organiza, lo equilibra
alzado en sí desde su intrincada raíz,
desde sus aletas facilitando esculturas
y desde sus bejucos multiplicados en un abrazo.
Se envuelve en la piedra de arcilla preliminar,
se junta a la caliza sustancial para darle unidad,
fortalece a la roca y a los farallones,
al lomo de cada Cordillera verde,
a la planicie del monte y a la azul montaña.
En la corteza, simiente de tanto universo,
su quehacer de sustancia vegetal.
Cualquier árbol la abreva y se le aúna.
En la ribera, le da muelle al viento,
al mar, al río, a la colina luminosa.
Y a su sombra, todos juntos:
guija y guijarro solidarios,
filtrados roquedales,
arañas cerrando coberturas,
matas de matas de hiedras,
altas orquídeas,
sogas de yagué cubriéndola,
anacondas ocultas en sus secreto silencio,
lianas ayudándola a sostener el continente,
tortugas acumulándose una sobre otras
para alzar ojos y horizontes,
la musguería pegada al cariño de su universo,
la fauna bebiendo su sombra

del que también disfruta el cocodrilo.
Finalmente, la estoica dimensión del renaco
grandioso.
La mole del verdor más bellamente extendida desde
sí misma
y desde su nutrida y comunitaria familia.
Todas y todos juntos. Increíble.
¡La Naturaleza defendiendo la Naturaleza!

De: *La jungla de oro* (2008).

JORGE NÁJAR
(Pucallpa, 1946)

I

Miembro del grupo Hora Zero - Pucallpa. Ganó el Premio COPÉ de Poesía (1984) y el Premio Juan Rulfo (2001). Entre otros, ha publicado *Malas maneras* (1973), *Temblando en las arenas de Lutecia* (1978), *Finibus Terrae* (1985), *Morir en la pradera* (1990), *Mayushín: ángeles & diablos* (1998), *El árbol de Sodoma* (2007), *Vallejo y la célula non plus ultra* (2010) y *Un buick negro de alerones cromados* (2013). Su poesía completa se ha publicado en *Poesía reunida* (2013).

FIEL KANCILLO

Surcando el Ucayali, a media noche, a lo lejos
titilan las luces de Nuevo Orán pero ya no se ven
las de tu pueblo Charasmaná, Fiel Kancillo, indio,
shipibo más puro que los árboles a orillas del río.
No por eso el tiempo y su barbarie te evitaron
nuestro agravio. No por eso Oh Señor, ojos de lince,
niegues tu perdón a la violenta pasión de los años
que ardía en nosotros, río turbio, estancado
allí donde tus gacelas nos iluminaban con la luz
de los furtivos encuentros antes del adiós.
Yo que las amé tanto mientras tú perseguías felinos,
di, ¿con qué cara partir sin dejar memoria en tu reino?
Río turbio, río quemado, Fiel Kancillo, que no haya odio.

I

Pasa un vapor por la otra ribera, en sentido contrario,
se adivina, como tú conmigo al hundirnos en noches
opuestas, contemplando estrellas diferentes. Y te
pienso:
en tu universo solo había bonanza, dioses generosos,
cuchicheos, aletazos, el júbilo en los ojos,
sangre de grado y plegarias a la madre de los lagos
para curar las torceduras del pulso, el vacío del bosque
tras largas jornadas buscando a la esquivia presa.
Oh, Señor, cazador verdadero, fiel,
no me permitas decir una mentira más, ya basta,
yo no supe qué hacer con tu reino esférico y sin fallas,
y tú no supiste imaginar lo que era mi infierno:

buscador de verdades frágiles y pasajeras.
Tú solo cazabas y comías a la hora del sol grande.
Tú solo tejías esteras para el reposo del cuerpo.
Y después cerrabas el día para soñar hatos de monos,
manadas de garzas, bancos de sábalos,
mientras el tigre, mi diablo, rugía en tus hamacas.
Fiel Kancillo, Papa Shukú, oye mis gemidos,
escucha mi delirio, Señor, mientras me alejo.

Ya estamos llegando al puerto. Enciendo un farol
y avanzo hacia la proa para saltar a tierra.
¿Qué hacer con tu lámpara aquí ahora que llueve
y en la ciudad la iluminación aún perdura?
Allá en Charasmaná, encerrado para siempre
en la noche del bosque, en tu inmóvil paraíso,
campo donde hormigean los cerdos sobre mis huellas,
nadie podrá desmentir que vivimos en mundos
mutilados.

Ninguna buena intención podrá separar lo que hay
de mí en tu heredad y de ti sobre mis predios
ahora que clavo tu nombre sobre esta tierra
que desconoces, viejo amigo, Papa Shukú,
que un perro grande te acompañe siempre en tus
andares,
que haya júbilo en tus ojos y perdón para ese viento
que un día entró a tu posada a romper el orden.

De: *Malas maneras* (1973).

CANTAR ASHANINKA

¡El gran pajonal!
Detrás del Unini está el Gran Pajonal.
Por las nacientes del río de los enemigos
se sube a las tierras donde vive Pachakamaite.
Él es el padre. Él es el dios. Él lo sabe todo.
Él tiene las llaves del reino
del dragón de las aguas cósmicas,
arco iris adonde vamos todos al morir.
Pero yo Pachakamaite antes debo volver
y ser el hombre verdadero que en mí subsiste.
Dame fuerzas, Señor, para encontrar el camino.
Ayúdame, hijo del sol, a salir
de la cueva oscura donde Oshero, el cangrejo,
me ha encerrado hace ya tanto.

Así oraba Pablo Fernández, abuelo adoptivo,
antes de apagar el mechero que velaba
la imagen de otro dios, allá en la infancia.
¿Dónde estás Paín, dónde estás Ashaninka?

Lejos, lejos, surcando el río de los enemigos,
más allá de las palizadas, yendo al reino
de Pachakamaite, el dios, el padre,
allí donde se hunden los arroyos
y los pájaros desvían sus vuelos.

Allí donde canta el viento y el aire es mío,
Hacia los huesos, los dientes, los picos,
los silencios del cerro de la sal
que son míos, siempre míos.

Así gemía Paín, Ashaninka, arrancado
del Gran Pajonal cuando el comercio
de hombres en las estradas del Oro Negro.

De: *Malas maneras* (1973).

I

MARÍA EUSTAQUIA

Fuerte aún pero ya bastante avanzada
por los caminos que tantos hombres
se resistieran a recorrer con ella,
la veo en el solar pilando café, alta,
sudorosa, llamando a voces a los niños
—tuvo siete hijos y algo así como setenta
nietos, miembros reales de su corte—
para contar a sus pies los frutos del día.
Puros, inocentes, nos instalábamos
a la sombra de un frondoso taperibá.
Ella, la mirada perdida en lo vago,
mientras fumaba en aturdida evocación
la cachimba que heredara de unos indios,
nos contaba así toda la historia.
Sus hombres que construyeron los caminos al mar.
Los vendedores de dioses, curas, monjas
al asalto de los antiguos señores del bosque.
Toda la gente piadosa que levantara aquí
templo para aplacar, orando, las tristezas.
Odios, pasiones, lo que es la vida.
Los deslumbrantes relámpagos que sacudieran
al pueblo inventado en la colina encendida.

Hasta que, de pronto, la violencia de la lluvia.
Y mi abuela, en el quechua de los Lamas,
lanzaba una imprecación antes de llevarnos
al paraje de otras ensoñaciones
finteando charcos y vapores del trópico.

De: *Malas maneras* (1973).

I

CÉSAR CALVO SORIANO
(Iquitos, 1940-2000)

I

Ganó el premio Poeta Joven del Perú (junto a Javier Heraud, 1960), el Primer Premio del Concurso Hispanoamericano de Literatura (1974) y el Premio Nacional de Poesía (1975). Ha publicado, entre otros, los libros *Ausencias y retardos* (1963), *Ensayo a dos voces* (con Javier Heraud 1967), *Cancionario* (1967), *Pedestal para nadie* (1975), *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía* (1981), *Como tatuajes en la piel de un río* (1985) y el ensayo poético *Edipo entre los Inkas* (póstumo, 2001).

EL RETORNO

Todos los rostros se desprenden
De nuestros ojos caen como cáscaras los años
Sin embargo debemos sonreír como ese espejo
Donde un soplo borró la imagen más amada
Y desteñidos paisajes se aniegan en lo oscuro

Hasta que sentimos sobre nuestros ojos
Las primeras paladas de tierra
La última caricia inacabable
Y nos reconciamos con nuestra procedencia

Así ha ocurrido siempre y así tendrá que ser
Y luego de la helada corriente y luego
De enterrada la luna entre sus aguas
En el siguiente día
El mismo sol que muere por una sola vez
Caerá como un río sobre campos sin memoria

I

De: *El último poema de Volcek Kalsaretz* (1965).

PREGUNTAS Y PENUMBRAS

¿Y si de pronto huyeran
el valor y el destino
—como alas— de este pájaro
que me lleva a los vientos
o a la muerte?

Tal vez mañana mismo.

Si de pronto volara
de mi pecho
el corazón, cayera
como llave en un pozo:
¿tú abrirías la puerta, cruzarías
el umbral
a mi paso señalado?

Buscando entre los muertos.

Es a ti a quien hablo,
a ti que creces
como otra larga herida
en mi memoria, a ti que ignoras
sabiamente
los tatuajes de mi brazo. Es
a ti a quien hablo.

El cuerpo del hermano.

Bajo mi cuerpo
tiéndete, acerca tus oídos
a la tierra: ¿oyes cómo mis manos

te deslizan, cómo el mar sueña
todavía
desde tu corazón?

Nuestro cuerpo encontremos.

Tras la puerta, otro fuego
devora las montañas
y los hombres. No digas
nunca: «hay tiempo,
hay tiempo». Tal vez
mañana mismo,
buscando entre los muertos
el cuerpo del hermano,
nuestro cuerpo encontremos.

De: *El cetro de los jóvenes* (1966).

I

[CADA DÍA ES UN POZO, EL FONDO DE ALGO]

Cada día es un pozo, el fondo de algo
que duerme ya sin ojos, nos acecha.
Cada día es un poco de tierra
que cede.
Cada día que pasa es una lástima.
Cada día es la puerta de una casa sin muros.
Cada día es un sol a medianoche.
Cada día alguien pone
sobre un rostro
un espejo:
tú eres el vaho que el cristal aguarda.

De: *Pedestal para nadie* (1970).



ARNALDO PANAIFO TEIXEIRA
(Iquitos, 1948-2005)

I

Obtuvo la medalla de oro Alfonsina Storni en Argentina (1978) y el Premio COPÉ de Plata (1985). Dirigió la revista *Los shamiros decisores*. Entre otros, ha publicado *El pescador de sueños* (1982), *El ocaso de Ulderico el multiforme* (1986), *Julia Zumba, la nodriza reina* (1991), *Piñón a babor* (1991), *Shamiro* (1993) y *Río encantado: narraciones de la selva para los niños del mundo* (2002).

JULIA ZUMBA, LA NODRIZA REINA

«Es el sol calentando la tarde, alejando el frío de mis huesos viejos y dolientes que escuecen al paisaje con Gumercindo Talexio, arrastrándose a mis pies para lamerme las costras de los hongos, reverdecer los padrachos antiquísimos, añejos, de los caparazones de mis dedos nudosos y tiesos». Piensa Julia Zumba y ríe, ríe con esa risa maligna que le hace mucho daño.

Los nudos reumáticos le punzan simultáneamente como agujas produciéndole escalofríos y gritos, y Gumercindo, incrédulo, sin poder levantar del suelo el cuerpo perruno, la mira con ojos piadosos sin poder aliviarle el dolor.

Pero no siempre fue así...

Su Julia, la colegiala de quince julios, chimbó el río, llegó al internado de Intuto, en la canoa halada por Tintayo, el boga milenario, el Jíbaro eterno, poseedor de dones y atisbos mágicos.

Julia Zumba miró sombríamente el cielo límpido, tachonado de copos blancos, corriendo de oriente a poniente; la corriente del «Tigre», comiendo golosa la orilla del puerto, mezclando en sus entrañas la arena y la arcilla del barranco, erosionando las jabonosas gredas tétricas al contacto de la lluvia que cayó improvisadamente; se acurrucó en la proa con temor al mundo nuevo que esperaba.

Temía mirar los ojos de vaca de la pulsera, orlando su muñeca. Temía frotar las hojillas rituales al contacto de las gotas. Temía sentirse mujer. Prefería seguir aborígen, tatuada y sumisa al curaca de la tribu que en cualquier momento la tomaría por mujer.

Tintayo, con la soberbia de indio, desde la popa resopló:

—Jum jum. La india tiene miedo.

Julia Zumba petrificó la mirada en los ojos de vaca de su pulsera. Rebelde, crispó las manos y tiró las hojas rituales al viento. Y Tintayo, repitió:

—Jum jum. La india tiene miedo—. Y siguió bogando sin importarle la lluvia, la humedad acariciándole la piel tostada, el rugido del «Tigre» amenazador y juguetón, y esa mirada lejana, atisbando desde la orilla, desde ese cuerpo erecto y tembloroso como si maliciara su destino.

Tintayo sabía que Julia Zumba vio en las hojillas volando al viento el rostro apacible, sereno, de Gumercindo Talexio, la inocencia niña de su mirar medroso y su deseo de cariño ensoberbeciendo su alma.

—Jum jum. ¡India! Ese cholo será tu marido—. Volvió a resoplar Tintayo, desquitándose el desprecio anterior. Siguió bogando y todo su conocimiento voló para penetrar en los ojos de Gumercindo.

Sí, era como lo adivinó, como lo vio en las gotas de lluvia, en las hojillas curadas, en los huayruros rojos y en los ojos de vaca; bonachón y piadoso. Llorón en el sentimiento, caprichoso y taciturno, en conclusión, un shegón. Y sin esperar respuesta, hablando consigo mismo, maldijo.

—Jum jum. India, ese cholo es ya tu hombre.

Julia Zumba calló su impotencia, no podía ni con el pensamiento herir a su Apu porque corría el riesgo de ser castigada. Era preferible tenerlo de aliado que de enemigo y volcó sus ojos a Gumercindo Talexio, que en la lejanía de su orilla, imperturbable, soportaba el aguacero.

—Apu. ¿Quizá será un perro para mí?

Tintayo sonrió con el convencimiento malévolo de su raza. Sus negros ojos fulguraron con ironía y atracó la canoa en la orilla, silbando a los bufeos colorados para mitigar el tedio.

Gumercindo recibió la impositiva orden mental. Bajó la mirada, sumiso, dejó la hombría presente, descendió las gradas resbalosas, cargó los bultos de Julia y los siguió sonriente a la señal de Tintayo que recordó la chanza de la tribu.

*Tintayo, brujo loco
brujo loco Tintayo
prepara la pócima del amor
con veneno y olor a flor.*

I A esa hora las calles de Intuto hablaban con el pensamiento y el internado moría de soledad. Los alumnos como fantasmas vegetaban los pasillos; las aulas denunciaban las carpetas descartables que construyó «Carta Blanca», las pizarras, pupitres y escritorios de *tripalay*. Las cuadras atiborradas de camarotes cantaban a las paredes, llenas de inscripciones alusivas a ilusiones bipersonales.

El tatuaje de Julia Zumba vibró en su rostro. Incomodado en el presente que con mano invisible parecía detenerla en la puerta. Impuso su orgullo y desafió la mirada curiosa de las internas y caminó lentamente al único espacio vacío de la cuadra.

Su rebeldía vencería o moriría al pulsar el sentimiento de las internas en el reducto que escogió en la cuadra. Sabía que, pasada la curiosidad, una a una vendrían a soñar su mundo tan distante que tal vez jamás la aceptaría nuevamente. Su partida tan dolida para su madre le abría en ese instante una ruta que recorrió, no sabía cuándo; pero ahora reconocía el paso de sus

noches en los ojos de Gumercindo y la risa de su Apu, que desde afuera, mezcló el silencio de las arrogantes voces mestizas.

Tintayo, dueño del tiempo, jugaba con su pose tangencial al espacio, agarrando el aire enrarecido en sus pulmones y expulsándolo con bufidos misteriosos que solo él sabía su significado. Rodeó las bubinzanas en floración de la pampa y como quien trata de sentirse ajeno a esa realidad y perpetuar para siempre su presencia, agitó al viento las manos desafiantes y de las nubes que caminaban en el espacio, brotaron rayos.

Con la solemnidad de su fe, sereno, Tintayo, cogió los rayos con las manos y los lanzó a las cuatro esquinas del patio. Gesticulando y repitiendo frases que se impregnaron como conjuro en las paredes del colegio, y Julia Zumba en su reducto, parsimoniosa y altiva, cavilaba la suerte de Gumercindo que, desde sus ojos inanimados, no se explicaba la abstracción presente que ató su libertad.

«Ayer —pensó Gumercindo—, creí que mis días asolaban Intuto, desde la indignancia del pueblo a la soberbia de la compañía, que nos estrangula con su creciente marginar de la duda, por sabernos ajenos a nuestra realidad y petrificarnos a una cola, para recibir las sobras de comidas tan extrañas como la vigilia de nuestra desesperanza».

Y Gumercindo suspiró. No encontró ninguna explicación a su presente que iniciaba su nueva presencia, vencida su voluntad. Su alma de hombre cambiaba a alma de perro, y se acurrucó en la esquina del reducto para recibir en el pecho uno de los rayos lanzados por Tintayo.

Y Tintayo en la pampa danzaba moviendo íntegramente el cuerpo, levantando los brazos al cielo al acompasado sonido de las pulseras de Shebón seco al sol. Sí, esa pulsera había sido

icarada con las voces de los antiguos indios, con las voces de los primeros pobladores del mundo. Por eso sus voces eran gruesas, casi ariscas pero de sonido viril que obligaban a las fuerzas telúricas a ceder al capricho de su poseedor. Sí, y en los tobillos las pulseras, lágrimas de Mama Rumi, icaradas con el llanto de las primeras indias, con el dolor del parto, con sus gritos rebeldes y angustiosos, con gritos de furia y deseo, llamaban clamando a las nubes la exigencia de las voces de los primeros indios que desde las pulseras de Shebón y desde la voz de Tintayo, agitaban los elementos, y en el espacio los truenos sonaron indiscriminadamente; los relámpagos buclaron dando forma con su presencia, en la sombra de las nubes, a grandes guerreros que tensaban el arco, lanzaban una lanza o armaban la cerbatana, y Tintayo, en éxtasis frenético, bailaba, moviendo todo el cuerpo, griando en el centro de la pampa a la risa de las bubinanzas que desde sus raíces sabían que Tintayo, luego de sembrar su cuerpo en el hoyo que iba formando al bailar, desaparecería y quedaría por siempre en Intuto para cuidar a Julia Zumba, la india que quería y no quería sopesar el estudio con los recuerdos más gratos de la tribu; y a la vista de todos, y a la paciencia de todos, a la angustia y el deseo morboso de todos por ser los únicos y primeros en ver lo que pasaba a Tintayo, no supieron que dejaron su alma prendida de un ser imaginario que a su antojo podía, a partir de ese instante, manejarlos.

Tintayo fue desapareciendo con el vapor del suelo al contacto de las gotas de lluvia. Tintayo no se elevaba del suelo sino como si se tratara de una mano invisible, iba cubriéndolo, primero los pies, y fue avanzando por todo su cuerpo haciéndolo desaparecer y cuando llegó a la altura de su

cuello, Tintayo gritó a internas, profesores y Director y a toda la infraestructura de Intuto y a todo lo material e inmaterial: «Vayan y sirvan a su reina».

Y Gumercindo Talexio se sintió relegado y en su alma que empezaba a ser de perro, rabiaba, y Julia Zumba le acariciaba la cabeza para que no atacara a las personas que dócilmente se acercaban ofreciéndole de todo. Ahí, Julia Zumba supo del sabor almibarado de las gaseosas, de los dulces, de comidas extrañas que venían en frágiles platitos, con cubiertos también frágiles, que la gente después de usarlos tiraba a los tachos de basura. Supo de los servicios higiénicos, donde se sentaba a hacer sus necesidades, aprendió a usar papel higiénico, a lavarse la boca con cepillo y pasta dentífrica, a acostarse en una cama y cubrirse con frazada y maldijo a su Apu que desde su forma invisible reía desde una esquina del cuarto.

Julia Zumba estaba acostumbrada a comer otro tipo de manjares: las grandes hormigas negras que salían en primavera de los nidos de los curhuinces, bañadas con miel de abeja y que en Intuto llamaban siquisapas, la chancaca y los jugos prohibidos del brujo Tintayo, que eran tan dulces y según él servían para confortar el espíritu cuando se sufría mucho. Julia Zumba estaba acostumbrada a otro tipo de comida; a tirar en las brasas de fuego de leña las yucas y los choclos sin pelar; asar, sartados en palos, paujiles, montetes, pavas o venados o sajinos o paiches o saltones o sábalos o pejes torres. Sí, Julia Zumba hacía sus necesidades en el río o cuando temía le entrara el frío en sus partes, desde la rama de algún árbol y su papel higiénico eran pequeñas ramas secas o la hoja seca de plátano, y su dentífrico, el cogollo de guayaba o las plantas amargas o los residuos de carbón que mantenían lustrosos sus dientes.

Y Gumercindo Talexio la miró atiborrarse de gaseosas, comer y comer todo lo que le ofrecían y se alejó de ella, con esa convicción de perro traicionado; sabiéndose relegado, dejó el Internado y caminó hasta un sitio neutral, entre el Intuto antiguo, con sus creencias, ritos, usos y costumbres, y el Intuto nuevo, con la compañía a sus espaldas y toda una suerte de negros ladrones y la escoria de las barriadas de Lima y de los pueblos del Norte.

Gumercindo Talexio estaba en el centro, tratando de visualizar el origen de los vivos y los muertos, el origen de su orgullo y de su aferrarse a ese pueblo que surgió el día que la primera tribu asentó su sedentarismo en el lomo del «Tigre» y plantó la primera choza y luego otra y otra y fue creciendo entre lustros lechosos de fertilidad, la creciente explanada y una herida al bosque, como inicio de su degradación que Tintayo trató de frenar enterrando su cuerpo milenario en las fértiles tierras de ese Intuto que Gumercindo Talexio veía ahora como causa ajena.

Julia Zumba, en cambio, sintió aferrar su vida a la de Gumercindo. Se sintió poseída por una rara sensación que le obligaba a recordarlo a cada instante; desde el momento que cruzó el «Tigre» hasta ahora que en zona neutral permanecía pensativa y lejana, tan lejana como la vida y tan cercana como la muerte que quiso correr odiando al curaca de la tribu, para decirle a Gumercindo Talexio: «Eres mi hombre». Y dejarse arrastrar a ese mundo que al principio temió y que ahora le daba una seguridad hasta cierto punto malévolas porque sabía que le serviría a sus requerimientos.

Gumercindo estaba decidido a dejar pasar el tiempo ahora que venció la primera presión, que iba a transformar su

alma de persona en alma de perro y prefirió abandonar estudios y dedicarse al silencioso ocaso del bosque para sembrar en las heridas grandes de su cuerpo, en vez de árboles, hombres amarillos de diferentes especies que todo el tiempo miraban desafiantes al Sol y tomaban sus rayos para hacerse el cabello; hombres blancos que formaban su cuerpo bajo el suelo y solo conocían la luz del Sol en la fase intermedia, cuando estaban desligados de su raíz que jugaba con el viento, con el espacio y con las hojas verdes, los hombros verdes que se daban en tupidos racimos, en verano, cuando los peces jugaban a buzos en la profundidad de las quebradas y las cochas y los ríos, y los hombres marrones que necesitaban de soporte para no caer desgajados al suelo, cuando, en las vainas llenas, su peso agobiaba la resistencia de las varillas secas y se reventaban cansadas de soportar tanta vida, siendo muerte.

Y Julia Zumba supo del desprecio de Gumerciendo. Cuando buscaba su presencia él la rehuía y Julia, con su soberbia y orgullo, frotaba los ojos de vaca de su pulsera hasta que le quemara la muñeca. Comía a montones las hojitas agridulces del futuro y en el futuro veía a Gumerciendo viviendo con la Antuca Tineo. Y Julia lloraba de impotencia, lloraba de cólera, de soberbia y de miedo a perderlo porque ahora comprendía que fue su belicosa pose lo que le alejó. «Pero —se dijo— si dejo de lado mi actual costumbre y vista y me comporto como la Antuca Tineo, tal vez él vuelva a aferrarse a mí». Y Julia se convirtió para todos en la reina de Intuto y para Gumerciendo en la más grande huachafa.

Y entre clases y días y noches de suplicio, Julia Zumba, maldijo no poder tener a Gumerciendo Talexio con su sola forma de mujer enamorada y maldijo el haberlo antes relegado a su

pose perruna y no haberlo rescatado a tiempo para que no se rebelara como hombre; y no pudo ni atraerlo a su causa ni atraerlo a su amor, y Julia Zumba se consumía dentro como la flama del shupihui a la humedad de la madrugada. Entonces recurrió a la purga oni xuma para penetrar en el sueño de Gumercindo Talexio, para hablarle de su amor, de su cariño, de su espera, de su angustia y de su deseo de ser mujer a ojos de todo el pueblo y más de las internas que gritaban, en la preñez combada de sus cuerpos, las horas de reposo en las cuadras del internado. Y las veces que entró en el sueño de Gumercindo no pudo conseguir su objetivo, le asediaban los hombres amarillos, los hombres blancos, los hombres verdes, los hombres marrones para poseerla porque la habían visto como a Mamá Rumi la madre del tiempo, de la vida, de la muerte, de la productividad, y Julia Zumba tuvo que huir transformada en agua y brotar en sudor por la frente de Gumercindo, que seguía durmiendo ajeno a la realidad que le cercaba de noche cuando ella, Julia, penetraba como sueño en sus sueños y de día cuando con descaro, las aves, por orden suya, le hablaban de su amor.

I
Y Julia Zumba bebió tanto oni xuma, madre y padre de las hierbas, que las cortezas y las plantas de la selva anunciaron: «Julia Zumba, una purga más y te convertirás en la planta de la desilusión, en la planta de la desdicha, pero serás tan hermosa y tus frutos serán tan dulces y tus flores tan aromáticas que todo el que esté a kilómetros de distancia sentirá tu fragancia y vendrá a ti y al saborearte olvidará todo lo que tenía que hacer, adonde iba y vegetará hasta morir».

Y Julia Zumba gritó, despertando del sueño realidad del oni xuma: «No Mamá Rumi, perdón Mamá Rumi» y se

tiró a llorar a un costado de la cama en una punta del reducto que escogió la primera vez que llegó a la cuadra. Y, pese a ser de madrugada, todas las internas se levantaron a socorrer a su reina, a consolarla, a curar sus ojos que como huayruros despedían lágrimas con cuajarones de sangre y una de ellas recordó: «¿Tu Apu, reina? Tu Apu puede tener la solución». Y se escuchó un ruido y de ese ruido brotó la alta figura de Tintayo que, con un movimiento de manos, lanzó hasta el lecho a todas las internas que siguieron durmiendo. Solo Julia, Julia Zumba, tornó en esperanza su mirada sanguinolenta y musitó: «Apu. Apu. Te necesito». «Ya lo sé», respondió Tintayo y sentándose en cuclillas auscultó a Julia Zumba y prosiguió: «Sé de la correría que te hicieron los hombres amarillos, los hombres verdes, los hombres blancos y los hombres marrones, como sé ahora que en los sueños de Gumercindo Talexio están brotando hombres grises, hombres negros, hombres azules, hombres naranja, hombres limón, hombres rosados, hombres lila, hombres violeta, hombres celestes, hombres chocolates y los peores, los más odiosos y crueles contra nuestra causa, los hombres rojos, que equilibradamente mantienen la sociedad interna de Gumercindo Talexio, la sociedad de hombres de los sueños de Gumercindo. Sí, los hombres rojos tienen el nacionalismo del Sol, la frescura de su tranquilidad y la agresividad de su raza para morir matando tus nefastas intenciones. Sé también del momento que vencerás sus resistencias, que con mi apoyo te volverás dueña de su voluntad, de su tiempo, de su historia, de su vida, pero el día que despierte Gumercindo, ni tú ni yo podremos hacer nada por nosotros y el desprecio y odio que nos tenga ese momento, nos traerá la muerte porque cimienta su fe en la libertad de las guerrillas».

Y Julia Zumba, con ese capricho de su raza, murmuró:
«Lo amo Apu», y Tintayo que solo conocía esta palabra como necesidad, sonrió y miró a Julia como si la viera por primera vez. En su tribu se tomaba lo que se quería, luchando o por la fuerza y sin comprender la palabra «amo», gritó al conjuro de la noche: «Madre Luna, madre noche, madre pena, a mí. Mamá Rumi préstame el líquido de tus entrañas, los filtros de Mamá Buzeta, una astilla del corazón del padre Huacapú», y en la quietud de la oscuridad los malignos silbaron, y el techo de zinc se abrió y lentamente, dominando su peso en el espacio, una astilla brillante del tamaño de una aguja descendió chorreando en la aguda punta un líquido viscoso que eran las entrañas de Mamá Rumi y el deseo sexual de Mamá Buzeta.

Tintayo, con un movimiento de manos, la detuvo en el espacio e inició un cántico, luego de prender una gran cachimba de palo-sangre:

I

*Mawe, madre de la vida
madre de la distancia, Mawe
Mawe... Mawe... Mawe...
Toma la vida de Julia Zumba
Tómala... tómala... tómala...
Da vida a este virote, virote...
virote... virote...
que en el espacio tomará
la velocidad maligna
de la vida en la muerte.*

Tintayo sopló el virote, aspirando viento del Norte; volvió a aspirar viento del Sur y volvió a echar humo sobre el virote, y

luego tomó aire del Este y después del Oeste y volvió a eschar humo sobre el virote que asimiló el humo del Toé, y el agua, las entrañas de Mamá Rumi y el deseo de Mamá Buzeta, se secó.

El techo del internado seguía abierto y Julia Zumba, sin alma, cayó desmadejada en la cama. Tintayo lanzó un silbido profundo, agorero, y distante y desde la lejanía un silbido similar contestó y el virote cobró vida y desapareció en el aire con la risa de Tintayo que sabía su objetivo.

Y el virote se incrustó en el pecho de Gumercindo Talexio cuando se volvió en el lecho, porque estaba durmiendo boca abajo, y no sintió nada, solo empezó a soñar a Julia Zumba, la vio en el lecho de la cuadra, ahí en el internado, llamándole, y él, ese instante, sintió tal necesidad de volar a su encuentro que dejando su cuerpo penetró en el cuerpo de Julia Zumba para soñar con ella, su desgracia.

Y los hombres de colores sintieron que estaban solos, un frío de muerte amenazaba helarlos y convertirlos en frágiles esquiras de cristal que, el momento menos pensado, romperían los cimientos de su formación. Los hombres de colores formaron cuadrillas, y se multiplicaron con los hombres surgidos de sus aleaciones y de la mezcla de sus progenitores y recorrieron todos los ríos arteriales del cuerpo de Gumercindo, bajaron desde el cerebro por las ramificaciones del pulmón, donde estuvieron a punto de asfixiarse por la densa humareda de tabaco, penetraron en el brazo y llegaron hasta la yema de los dedos, surcaron las arterias y bajaron hasta la punta de los pies, ahí tuvieron que luchar con los hongos que agresivamente habían tomado posiciones de avanzada en los dedos, planta y talón de los pies. Y los hombres de colores cerraron las heridas y mataron los hongos que comenzaban a subir sus piernas, y surcaron las

piernas, pasaron por el pubis, llegaron al estómago y siguieron ascendiendo hasta que al penetrar por la aorta, los hombres de colores, encontraron un cuerpo duro que impedía su avance y uniendo fuerzas con todos los hombres de la tierra, hicieron un pequeño agujero en el virote y a través de él pudieron ver a Gumercindo durmiendo en el cuerpo de Julia Zumba y a Julia Zumba, durmiendo en el corazón de Gumercindo Talexio.

Los hombres de colores sesionaron de inmediato, llamaron a todos los hombres del mundo; llegaron armados e iniciaron el largo asedio. Y Julia Zumba despertó y Gumercindo despertó y corrieron a buscar sus almas en el cuerpo ajeno, para Julia, amado y para Gumercindo, despreciable. Y se encontraron en el camino como quien por casualidad se encuentra con alguien y acepta acompañarlo porque empieza a sentirse a gusto. Y Julia Zumba estaba decidida a aprovechar el momento e ir hasta las últimas consecuencias para asegurarse a Gumercindo Talexio y sin mediar más explicación que un deseo retenido desde el desprecio de Gumercindo, se dejó poseer por primera vez y Gumercindo ató su cuerpo, su peregrinar y su tiempo a Julia Zumba, mientras los hombres de colores seguían luchando en su corazón para mover el virote que con vida propia iba criando carne.

Y los hombres amarillos, verdes, marrones y blancos, criados en la chacra, vieron que Gumercindo ató la nostalgia de su cuerpo a la choza de Julia Zumba al final e inicio del pueblo, entre los trinos de pájaros y el destapar de botellas de cerveza.

Y una tarde que Julia Zumba estaba a la orilla del camino, vio venir a Gumercindo que no la vio, porque en la distancia Antuca Tineo reía llamando la atención de Gumercindo que la siguió embelesado antes que la voz de

Julia Zumba le detuviera: «Gume... Gume...». Y él volvió el rostro con la mirada furiosa. Los hombres de colores seguían trabajando para liberarlo del virote.

Y Julia Zumba, con el consejo de su Apu, amaneció agua en el sereno de la noche, se lavó la menstruación y, en esa agua, lavó las medias y los pañuelos de Gumercindo para tenerlo atrapado nuevamente en su cuerpo. Y los hombres de colores sentían su tristeza, sentían su pena, y al ver por sus ojos a lo lejos a Antuca Tineo, llorando movieron en algo el virote, y Gumercindo que no había visto anteriormente a Antuca Tineo, ahora la veía. Sí, la veía, veía su mano llamándole desde las inmediaciones del campo de los hombres verdes, y Gumercindo sintió como si algo le picara en el pecho, se rascó y sintió que sentía necesidad de estar con Antuca, y entre los límites de los hombres amarillos, verdes y blancos, se poseyeron hasta que el canto de las lechuzas anunciaron tormenta, y, sin decir una sola palabra, tomaron sendas diferentes.

Y todos los días Antuca y Gumercindo en las orillas de los campos se poseían de aurora a ocaso y Julia Zumba, que los siguió un día, no los mató porque los hombre verdes, amarillos, blancos y marrones de la tierra gritaron en el bosque, y Julia Zumba, mencionando a su Apu, volvió a lavar pañuelos y calcetines en agua menstruada, y Gumercindo no quería salir de su casa hasta que los hombres de su cuerpo le hicieron soñar y jamás volvió a usar calcetines y pañuelos, y Julia Zumba volvió a mencionar a su Apu y ató a la pata de la cama los calcetines de Gumercindo, y Gumercindo ya no volvió a salir si no era con ella; a la chacra, al pueblo, a la pesca o a la caza. Y los hombres de colores de su cuerpo sufrían porque su pena agria se regaba en su cuerpo y los

asfixiaba. Entonces, telepáticamente hablaron con los hombres que Gumerciendo sembró en la tierra y ellos pidieron a las aves torcazas, a las aves arrocercillas, a las aves unchalas y a las aves tihuacurus desataran los calcetines que lo ataban. Y aquel amanecer, cuando más languidecía Gumerciendo, sintió que volvía a vivir, miró el despertar del Sol y con esas ganas locas de llenarse los pulmones de aire fresco corrió por las sendas y llegó hasta la chacra donde los hombres verdes, amarillos, blancos y marrones le dieron la bienvenida y le mostraron el turgente cuerpo de Antuca Tineo, que también esperaba desde que Julia Zumba le había atado a su lecho.

Y nuevamente Gumerciendo se tocó el pecho y, sin notarlo, movió el virote y sintió deseos de amar, y amó a Antuca Tineo como nunca antes la amó, pero Tintayo que había visto todo a través de los ojos de Julia Zumba, buscó el huevo más fresco de panguana y orientó a la llorosa Julia Zumba: «harás hervir maduro y harás chapo, pero, antes de hacerlo hervir, lavarás tus partes en esa agua y dejarás que se impregne el frío en los maduros y luego lo harás hervir, lo enfriarás y darás de tomar a tu marido para que haga el amor contigo». Y Gumerciendo tomó el chapo y se olvidó de Antuca y sintió deseos locos de poseer a su mujer, y estuvo como nunca antes estuvo, y Tintayo desde la conciencia le gritó a Julia Zumba: «Haz un hoyo a la altura de la corona del huevo de panguana que te di, chúpalo y una vez seco vacía el semen en el hoyito abierto, lo tapas con barro, camina hasta la puerta y al pie de la mucura lo entierras». Y Gumerciendo, nuevamente con el cuerpo perruno, jamás volvió a abandonar la casa hasta la noche que los hombrecillos de su cuerpo, picándole las amígdalas le provocaron vomitar; y vomitó un líquido lechoso, fermentado,

y se sintió nuevo, se sintió fuerte y corrió por el bosque hasta que encontró a Antuca que volvía como todas las noches al sitio donde estuvieron juntos la primera vez y Gumerciendo, sin saber por qué, lloró su impotencia, y los hombres amarillos, blancos, marrones y verdes, comprendieron.

Y esa noche mientras hacía el amor con Julia Zumba, los hombres amarillos, verdes, blancos y marrones, convocaron a los hombres del interior de Gumerciendo para que penetraran el alma de Julia Zumba a través del ojo del virote, y Gumerciendo pudo soñar que hacía el amor con Antuca Tineo, y los hombrecillos de colores averiguaron el sitio donde fue enterrada la virilidad de Gumerciendo, y esa misma noche, que era noche de luna, los hombres pidieron a los curhuinces sacaran el huevo de panguana haciéndolo rodar por las gradas que construyeron, quitaron el barro del hoyo y liberaron la virilidad de Gumerciendo y en su lugar le pusieron las esquirlas del virote que sacaron del corazón de Gumerciendo y él, que en este instante se encontraba con Julia Zumba, la arrojó a un costado y salió corriendo por las sendas que le conducirían a Antuca Tineo, que cree en los hombres amarillos, verdes, blancos y marrones.

Y sin embargo, Gumerciendo siguió aferrado a Julia Zumba por el virote que continuaba incrustado en su corazón. Pero Julia Zumba teme a la soledad y ahora que invoca a su Apu se siente vieja y cansada con un dolor malévolo en los huesos. Los nudos reumáticos le punzan constantemente como agujas, y Gumerciendo, joven aún, no puede levantar del suelo el cuerpo perruno para aliviarle el dolor.

Y los hombres de colores, dirigidos por el hombre rojo, logran quitar del corazón de Gumerciendo el virote, y él nuevamente se siente hombre y con manos firmes se quita

del pecho el alma de Julia Zumba que lo martirizó por años. Y Julia Zumba recordó las palabras de su Apu, Tintayo: «Sé también del momento que vencerás sus resistencias, que con mi apoyo te volverás dueña de su voluntad, de su tiempo, de su historia, de su vida, pero el día que despierte ni tú ni yo podremos hacer nada por nosotros y el desprecio y odio que nos tenga ese momento nos traerá la muerte». Y Julia Zumba teme a la muerte y recurre al último ardid para detenerlo cuando con desprecio y sin mirarla él se alejaba. Se revolcó en la pampa gritando, pidiendo ayuda, llamándolo con las nudosas manos, y el Sol reía en lo alto con él, que se alejaba con una sonrisa en los labios, y desde las orillas de la trocha los hombres verdes, amarillos, blancos y marrones, sonreían cuando abraza la primera mujer que cruza su camino porque Antuca Tineo y los hombres de colores solo estuvieron en su pensamiento, en su voluntad, y en sus deseos de libertad.

I

De: *Julia Zumba, la nodriza reina* (1991).

CÉSAR ARIAS OCHOA
(Chimbote, Río Amazonas, 1955)

I

Nació en la frontera entre Perú, Colombia y Brasil. Fue finalista del Premio Internacional de Relatos Cortos La Felguera de España con el cuento «Puerto de enfrente» (1984). Ha publicado los poemarios *Neblinas* (1982) y *La casa sin puerta* (1983). Ha sido Director del Instituto Nacional de Cultura – Loreto, de la Escuela de Música de Loreto y de la Escuela de Bellas Artes de Loreto.

1900, DE AÑOS SANGRIENTOS

Hace más de un siglo que no he sabido dormir nuevamente,
desde que me despertaron cuando seguía acariciando el seguir
[del río
y mis brazos eran cada una de las ramas como asiento de
[umbelas
que aprendían a crecer y a seguir siendo la ventana entre los
[árboles.

Y así seguí viviendo,
despierto nuevamente como cuando la otra vez me despertaron
[españoles
quienes iban sembrando palabras y llevando medallas de héroes
[de lejos
y que nos precisamente hablaban como el agua misma o las
[flores silvestres.

Cuando esa vez me despertaron, no intentamos dormirnos
nuevamente en las hojas, porque, poco a poco de las ramas
iban cayendo miles de hojas frescas
porque el sol fue teñido de amarillo los ojos de los árboles.

Pero otros nos volvieron a despertar con Wínchester y el tajo
[del caucho.

¡Guerra!
¡bubinzanas degolladas!
¡canto de piratas!

caminaron por las trochas del Yavarí y desangrando el Putumayo
[en la Chorrera,
se fueron con la sonrisa del postigo de la semilla en otra parte,
y caminaron por los muertos de la Amazonía toda.

Desde ahí no me he dormido nuevamente,
porque vinieron y vendrán tantos para izar sus banderas en
[las tumbas.

De: *La casa sin puerta* (1983).

I

HERENCIA

Me dejaron esta lluvia
de hojas,
de trocha
y guerras.

Me dejaron esta casa
para cuidarla y amarla

De: *La casa sin puerta* (1983).

ARMANDO AYARZA
(Iquitos, 1960)

I

Ganó el Premio Nacional de Educación Horacio Zeballos en el área de Literatura (1998) y el Premio Nacional de Investigación Pedagógica Horacio Zeballos (2004). Ha publicado, entre otros, *Bubinzana, literatura mágica de la Amazonia: (estudio y antología)* (con Teddy Bendayán, 1985), *La poesía hispánica en la Amazonía peruana: 1880-2000: periodización, historia, biografía, bibliografía y caracterización de la poesía amazónica* (2004) y *Cuentos amazónicos* (con Werner Bartra Padilla y Jorge Mesía Hidalgo, 2015).

[PERO NO NOS EXTERMINARON / RESISTIMOS]

Pero no nos exterminaron / resistimos
y aquí estamos,
hemos estado,
y estaremos desde siempre;
pero no nos sienten,
nos están mirando,
pero no nos miran,
siguen tuertos,
como siempre.

Somos árboles
somos ríos
somos peces
somos aves

I

De: *Crónica del río de las Amazonas* (1998).

[RÍO ABAJO NUESTRA AMBICIÓN HABITA / RÍO ABAJO]

Río abajo nuestra ambición habita / río abajo
Grande Machiparo, valiente y osado
nos da cruda guerra
muchos atambores y trompetas de palo
y una gran cantidad de canoas
amenazándonos a que nos habían de comer

Mil indios para cada castellano
ya nos acosan, ya nos agraden, ya nos ofenden:

-«¡Dios, ayuda y Santiago!
¡Incrédulos, salvajes, animales!» y a mi voz...

Ticunas, Iquitos, Capahuanas, Jívaros
Aguarunas, Huambizas, Achuales
caen entre las hojarascas
y al pie de los platanales

arrebatados son:

con bolas de acero
les reventamos el cráneo.

De: *Crónica del río de las Amazonas* (1998).



ANA VARELA TAFUR
(Iquitos, 1963)

I

Miembro del grupo Urcututu. Dirigió la revista cultural *Varadero* y la sección «Bubinzana» de la revista *Proceso*. Ganó el Premio COPÉ de Poesía (1991), recibió una beca del programa para artistas UNESCO-Aschberg en Jerusalén (1996) y de la Agencia Española de Cooperación Internacional (1998). Ha publicado *El sol despedazado* (con Percy Vílchez, 1991), *Lo que no veo en visiones* (1992), *Voces desde la orilla* (2000) y *Dama en el escenario* (2001).

Y HABITO DESDE SIEMPRE

¿Quiénes han cruzado la quebrada antes
que nosotros?
¿Quiénes han poblado días y columnas
de hastío?
Nos han abierto el camino para llegar
descansados
y nos han dejado un cementerio de voces
que vagan bajo los puentes.
Y habito desde siempre soles despedazados,
largos infortunios antes de rayar el sol
sobre el planeta
y sé que nuestros abuelos han sembrado y
siembran porvenires
y los astros que me conducen acostumbran
a decir atisbo,
atisbo los años para que los muertos
descansen en paz.
Así recito para no olvidar historias de
látigos
y libras inglesas aventadas desde los
shiringales.
Entonces recuerdo el dolor de una espada
devorada
y el filo del sable que cortó el miedo.
Era el tiempo en que el viento decía
la palabra salida,
así volaron sombreros de huambé desde
las embarcaciones.

Pero hemos regresado intactos, dolientes
cuerpos insospechados,
sabias manos que siembran frutos al recrear
los caminos.

De: *Lo que no veo en visiones* (1992).

I

TIMAREO (1950)

En Timareo no conocemos las letras
y sus escritos
y nadie nos registra en las páginas
de los libros oficiales.

Mi abuelo se enciende en el candor
de su nacimiento
y nombra una cronología envuelta
en los castigos.

(Son muchos los árboles donde habitó
la tortura y vastos los bosques
comprados entre mil muertes).

¡Qué lejos los días, qué distantes
las huidas!

I
Los parientes navegaron un mar
de posibilidades

lejos de las fatigas solariegas.

Pero no conocemos las letras y sus
destinos y

nos reconocemos en la llegada de un
tiempo de domingos dichosos.

Es lejos la ciudad y desde el puerto
llamo a todos los hijos

soldados que no regresan,
muchachas arrastradas a cines y bares
de mala muerte.

(La historia no registra
nuestros éxodos, los últimos viajes
aventados desde ríos intranquilos).

De: *Lo que no veo en visiones* (1992).

I

CARLOS REYES RAMÍREZ
(Requena, Loreto, 1962)

I

Miembro del grupo Urcututu. Estudió Biología en la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana. Ganó el COPÉ de Oro de la III Bienal de Poesía en 1986. Ha publicado los libros *Mirada de búho* (1987), *En el mejor de los mundos* (2001), *Retorno al parque de los pescados* (2003), *Animal de lenguaje* (2011) y *Las provincias secretas* (2017).

ALABANZA A SINACAY

I

Habías de nacer, Sinacay, sobre hormadoras salvajes
bello como una flecha que no sucumbió
ante el preludio de los ataques y los más fieros
combates de estos campos.

La luz de tus ojos mansos se violentaron
ante la impúdica crueldad, y de tus labios
brotó una palabra tronante y erecta
para el final de un siglo de pestes y hambrunas.

Y creciste, Sinacay, bajo una aureola erguida,
astuto como un venado después de la carrera,
y tu voz alta y temblorosa encalló
en una playa poblada de algas y tortugas.

Sinacay, niño, Sinacay.

Dichoso hombre, planta y piedra.
sobre tu cabeza inmemorial crecen desde antes,
desde el cuchillo rupestre, la elemental
que amamanta tu flácido estómago
tu figura vidriosa sobre una tela mojada,
la esperanza inmóvil que te impide atormentar
y atormentar los blancos pájaros de la noche.

¡Sinacay, Sinacay!

joven entre las hembras viejas: tu pueblo
destruido por las aguas ha caído por pedazos.
para nada has detenido el avance
de las fieras, del animal que desvela tus párpados.

I

Pero otro será tu desplome
sobre tu verde poblado de 100 hombres
y para entonces los primates te buscarán
entre los escombros y las adversidades
que imploran al negro planeta.
Y te encontrarán para amarte, para ser
el fauno, el único que alimente la jauría
mientras la luna invade la siembra.

II

I
Es el siglo XX bajo la execrable dominación
de los primates. Sinacay, es tu siglo
vacilante y confuso entre la soledad de hierbas
y hormigas y el jadeante crepitar de los árboles.
Es el siglo XX que arremete alzado como estatua.
En estos días tu nombre —concha milenaria—
ha destrozado a los invasores de las tierras que amas.
Y se te ha visto, te han visto, hermoso Sinacay,
sobre los escombros de tu pueblo alejado: abierto
igual que un lagarto amado por los sables,
tumbado en las hojas que aventaron tu memoria
y tu infancia, los sueños de tus hijos
y la blancura rupestre de sus hijos que avanzan
por los antiguos avatares de la siembra.
«Nada, ni siquiera las aves que presagian
el destino logran tocarme, ni las estrellas rojas,
ni las vírgenes feas que presenciamos
desde una voraz tormenta de fuego. Nada pudo
atraerme a sus tablonces pendencieros.

Porque he visto esto, y todo el lodo que cegaron
mis ojos fue inútil ante la precoz embestida
de las fieras. Supe luego que estos y no otros
alimentaron sus lenguas en la proverbial
palabra que reclama, que exige
el retorno de las delicias y los platanales». Sinacay,
fue así como la época te alcanzó
y el frío deslumbramiento de unos cuerpos te amaron
y te golpearon boca arriba mientras afuera, detrás
de los patios, las muchachas bebían ardorosas cañas.
No obstante, un río blanco atraviesa tus ojos
y la memoria de tus antepasados muertos.
Sinacay, viejo amante en las postrimerías de un año
que lame tus vellos, hay viento fugaz
que te reclama para el final del siglo.

De: *Mirada del Búho* (1987).

I

PARA HABLAR DEL RÍO AMAZONAS

Ese río está en papeles y maderos y frente a nosotros mordiendo
[nuestras tradiciones.

El río es nuestro y nuestro el pescado para saciar el hambre
[del planeta.

Y no está lejos. Sí escondido entre las rendijas de una casa
[derruida

y con un nombre extraído de tierras lejanas, de zonas densas
[y humosas.

Ese río demuestra ser la serpiente sigilosa. Sus aguas desembocan
[en una galaxia desconocida.

Ese río trae la arena ocre, la que María del Carmen, mi abuela,
[garabateó hace ochenta años.

Ese río golpea mi puerta tecnológica con el travieso demonio
de las chacras, el mismo de las coloradas alturas del Yarapa.

Es lo único que queda por observar y por saber quiénes somos:
[un universo silvestre de agua dulce.

Ese río tiene borrones en la memoria, pero no olvida los
[genocidios por la trémula leche del árbol.

Ese río tiene sueños postergados, pues ha vigilado las orillas
[por siglos y siglos.

Ese río nos pertenece aunque lo hayan trocado los gobernantes.

Ese río está salado por la incuria de unos cuantos señores que
[sermonean desde la comodidad de sus recintos.

Ese río.

Ese río, madre, es el mismo que tú y yo miramos en diversos
[tiempos y desde diferentes navíos.

Ese río se ha propuesto atormentarnos con sus resplandecientes

[ojos y su ausencia de peces plateados.
Ese río insinúa violentar las normas impuestas por la corporación
[boca y garras de otorongo.
Ese río espera con la tranquilidad de un Dios inerte que observa
[espantado la destrucción del mundo.
Ese río solo demanda lluvia para florecer la cosecha del año.
Ese río nada tiene de misterioso. Espera que hombres y mujeres
[mojen sus cabellos en sus terrosas aguas.
Ese río se ha teñido de rojo y ha gritado por su enorme boca
[de reptil Yacumama.

De: *Animal del lenguaje* (2011).

PERCY VÍLCHEZ VELA
(Panguana, 1960)

I

Miembro del grupo Urcututu. Ha publicado, entre otros libros, *El andante en Yarinacocha* (1994), *El linaje de los orígenes, historia desconocida de los Iquito* (2001), *Inquilinos de las sombras* (2002), *Santuario de peregrinos* (2007), *Los dueños de astros ajenos* (2008) y *Época del caucho: retratos del horror* (2012).

CINCO

Mañana cuando nuevamente anochezca
me defenderé de los escombros de la casa
natal y abandonada,
de la maleza que ahora entierra al patio
donde jugábamos hasta agotarnos,
de los barrancos que acabaron con el cedro
que también tenía madre
y del puerto fallecido sin sepulcro.
¿Cómo olvidar que allá anochece
más tarde todos los días, madre?
Entonces prendías los lamparines y espantabas
a las tinieblas que ya me habitaban,
llamabas por sus nombres a las gallinas
que regresaban de escarbar en el lindero,
recogías las ropas recién soleadas
y calentabas la comida que quedaba del almuerzo.
Después nunca más me he sentido en casa,
siempre partiendo de aquí y de donde llego.
Las casas donde he vivido me fueron adversas
y nada familiares.
Las casas que visito me atormentan
porque se extinguirán un día.
Estaba anocheciendo y no quería bañarme
desnudo mientras la luna me miraba.
La otra banda parecía sumergida en negruras
misteriosas y amenazantes.

El Amazonas se iba conversando con la fatiga
de los que venían en canoa.
Los barcos no atracaban en el puerto
trayendo lo que les había pedido.
Y las muchachas se arrojaban sin miedo al río.
Entonces me asustaba imaginando
que los extraños las iban a robar.
Y solo me tranquilizaba cuando me acostaba
en el rincón que me hacía tu cuerpo
y nada de daño podía pasarme.

De: *El sol despedazado* (1991).



VIRGINIA ROCA LÓPEZ
(Callao, 1935)

I

Ha sido profesora de la escuela de Bellas Artes de Iquitos Víctor Morey Peña y directora del Instituto Nacional de Cultura - Loreto. Implementó la sala de exposición de pintura *César Calvo* y colaboró con la publicación de *Cuentos amazónicos* de Orlando Casanova. En 1959, en el Primer Festival de Escritoras Peruanas de Hoy, se publicó el cuento «La Aldaba». Ha publicado el libro *Astrolabio* (1988).

AMÉRICA

Estás bien escondida
perdida
debajo de tu mano de paracas
momificada y bien tapada
tu cara de tolteca
tu cara de zapoteca
tu cara de chimú.

América tortuga

América sin luz.

Te desconocen
los africanos los pakistanos y los birmanos
del otro lado

te han olvidado

los carpinteros de los castillos

te han clausurado

los de los dedos en el gatillo

te han condenado

y te han pasmado

desde el cristóbal hasta el colón.

América la nueva

América minera

del oro y de la plata

que sale tan barata.

América coquera

la drogadicta loca

ayahuasquera

marihuana

la niña petrolera
algodonera
América maderera
que espera y desespera
que la subsidien
y la financien
los de la oea
y que le rasquen la cordillera.
América del río
América del mar
América vicuña pelícano caimán
América la mansa
la infinita
la dormida y dividida
la que se pone
de panza al cielo
la de las patas en el antártico
la coronada por las antillas
las que se moja por el pacífico
y se derrite por el atlántico
la del ombligo del matto grosso
del espinazo
tan chimborazo
tan cotopaxi tan huascarán
la sarmentosa
la siempre nueva
la dama dáme-yo-no-te-doy

América partida y repartida
bolivariana sanmartiniana

América la esposa
y la querida
América la vida América el amor
contigo voy
contigo estoy.

De: *Astrolabio* (1988).

I

ORLANDO CASANOVA HÉLLER

(Iquitos, 1943-1997)

I

Miembro del grupo Oruga. Ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *El niño y el chichirichi y la oruga que quería vivir* (1986), *El viaje de la vida* (con Germán Lequerica, 1986), *El bufeo Huairurín* (1990) y *Cuentos amazónicos* (1996).

EL PESCADOR EMBRUJADO

La luna palidecía con la aurora. Eduardo salió del negruzco mosquitero al ladrido de los perros. Debía prepararse para ir a pescar. Lejanas voces se escuchaban en el puerto. Risas insinuantes de mujeres le hicieron fruncir el ceño. «Esa debe ser la Esteca con el Remigio. Todos tienen su popera. No escucho la voz de Florcita. ¿Habrá llegado de Iquitos?».

—Eduardoooo... apúrate, ya te dejamos—, lo llamaron del puerto.

—Tal vez tu anzuelo no vale—, rió una voz femenina.

—Váyanse nomás. En la cocha les encuentro.

Las canoas se deslizaron en el río Nanay. Las poperas dirigían con habilidad hacia la cocha de Yarana.

I Entre claro y oscuro los botecitos se perdieron en el recodo del río. En tanto, Eduardo sacaba los anzuelos de barandilla de las crisnejas del tambo. Recordó que en la última fiesta de Mishana no se atrevió a sacar pareja. Le gustaban todas las chicas pero cada vez que las miraba lo rehuían. «No soy feo. Soy buen pescador, tengo dos chacritas y algún dinero guardado, amigos y hasta el maestro me tiene cariño. No sé qué pasa conmigo, cada día estoy más triste, más solo. Buscaré mi popera. Viajaré si es posible, iré a otros pueblos. Claro, buscaré a Florcita en Iquitos».

Una bandada de pauceres en zigzagueante revoloteo y silbidos pasó sobre su techo distrayendo sus pensamientos. Bajó al puerto; tomó su canoa y se amedió en el río.

En la cocha no encontró a nadie. Maliciosas imágenes acudieron a su mente. Sus ojos calculadores miraron hacia

la cocha. Amarró su bote en el guayabal. Con suri de shapaja empató el anzuelo para atrapar mojaras. «Agarraré los más sabrosos tucunarés en las palizadas del canto de la cocha antes que otros me ganen».

Al iniciar la pesca una manada de bufeos colorados resoplaron cerca de él, dejando un repugnante olor. Se molestó. «Van a espantar a los tucunarés estos disparates. Cómo uno de ellos no se convierte así en linda mujer para hacerla mi popera».

Repentinamente al tirar el anzuelo sintió náuseas, le tembló todo el cuerpo y quedó lánguido, mareado. Su canoa al parecer daba vueltas. Cerró sus ojos y no los pudo volver a abrir. Se quedó recostado en la proa.

Un urcututo desvelado lanzó su canto de alerta. De pronto un rostro bello emergió lentamente del agua, junto a la canoa de Eduardo. Tenía el pelo largo y negro, como noche sin luna. Sus manos jalaron el remo y le dijo:

—¡Eduardo!, escuché tu pedido. Quiero ser tu popera. ¿Cumplirás tu palabra?

—¿Quién eres y de dónde vienes?—, preguntó Eduardo.

—Soy Nañú. Vivo en las profundidades del río. ¿Vamos a nadar juntos?, está muy rica el agua.

Aturdido, quedó mudo un instante. Le miró a los ojos, ella le sostuvo la mirada. Aceptó y le ayudó a subir al bote. Entonces, al verla de cuerpo entero, quiso desistir. La mitad posterior del cuerpo de la mujer tenía la forma de pez. ¡Era... una yacuruna! Demasiado tarde para echarse atrás. Había dado su palabra. Además, era bella la bufea. Su mirada le subyugó y no resistió a sus encantos.

Nadaron muchas horas en la cocha entre amorosos coloquios y entrega total. Al llegar la tarde ella le invitó a ir al fondo del río para vivir juntos. El no aceptó.

— Todos los días vendré a buscarte, la pasaremos bien—, le prometió Eduardo.

Sonriendo Nañú se metió en la cocha y le trajo los tucunares más grandes. Muchos días pasaron juntos y nadie se enteró de tan extraño romance.

Eduardo esperaba con ansias las mañanas para encontrarse con ella y amarse.

Una tarde se dio cuenta que sus amores no eran normales. Decidió no verla más. Se despidieron hasta el día siguiente pero él no acudió a la cita.

Esa mañana Eduardo caminaba en su casa como animal enjaulado. Bajaba y subía el puerto. No soportó la angustia a las continuas llamadas de Nañú, y nuevamente bajó al encuentro de ella. Otra vez la cocha fue testigo de tan singular romance. Por la noche decidió marcharse. Puso todas sus pertenencias en la maleta y echándola al hombro tomó el camino hacia el centro del monte donde vivía don Pashco, el brujo. Llegó agotado al tambo y mientras subía el emponado el brujo murmuró:

— ¡Jum!.. ¡Yacuruna está llegando!

— No don Pashco, soy Eduardo.

— Ya tey visto. Traes olor a yacuruna. Pon tu maleta en ese rincón. ¿En qué puedo servirte?

Eduardo le contó su historia. Don Pashco, luego de icarle con tabaco, le dijo:

— Tienes que irte a Iquitos y no volver nunca más. El semblante de Eduardo no era el mismo. Sus ojos se iluminaron en la penumbra del tambo. Agarró su maleta y se fue por una

trocha hacia el río. La luna se ocultaba. Al canto del gallo partió en peque-peque con dirección a Iquitos.

En el puerto de Eduardo, Nañú llamaba inútilmente hasta que el viento del río le reveló por dónde huía el amado. Nadó velozmente para alcanzar el peque-peque.

—Eduardooo, ¿por qué me has dejadoooo? — Se escuchó una voz que venía del fondo del río.

Los pasajeros del colectivo se asustaron. Luego se vio saltar por encima del bote un bufeo colorado.

—¡Yacuruna! —dijeron todos.

Una mujer embarazada le dijo al motorista:

—¡Joven!, apúrale a tu peque-peque sino le va a cutipar a mi llullu.

El motorista aceleró el motor y dejó atrás a Nañú. En el puerto de Bellavista, Eduardo salió del bote y se escondió detrás de una lancha vieja en la loma. No terminaban de amarrar la embarcación cuando la gente divisó al bufeo colorado varado en la playa. Le apalearon y lo dejaron por muerto.

Al toque de la oración, Eduardo salió de su escondite y fue por Nañú.

—¡Te hicieron daño, pobrecita!

La hermosa luna que salía en esos instantes alumbró pálidamente a Nañú. Lentas lágrimas resbalaban por el rostro de la bufea. Le habló con un hilo de voz:

—¡Me muero!... pero te quiero.

Eduardo temía mirarla y cerró los ojos.

—Eduardo, Eduardo ¡Despierta! Le gritaban sacudiéndole el cuerpo.

Eduardo despertó sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Te quedaste dormido, hom. Ha venido la Florcita de Iquitos, ya tienes popera.

Eduardo miró confuso a la bella joven que estaba en la canoa de Remigio. Ella sin hablarle, pero mirándole amorosamente, pasó al botecito de Eduardo. Remigio y la Esteca se alejaron dejándolos solos.

La noche empezaba y una luna llena ascendía resplandeciente en la entrada de la cocha.

En el último recodo del lago, la joven dijo al enamorado:

—¡Eduardo! ¡Eduardo!

—Sí Florcita —contestó y la miró.

—No soy Florcita, soy Nañú.

De: *El pescador embrujado* (1998).

SUI YUN
(Iquitos, 1955)

Ha publicado *Cresciente* (1977), *Rosa Fállica* (1983), *Cantos para el mendigo y el rey* (1999), *Soy un animal con el misterio de un ángel* (1999), *Sueños de Otorongo* (2004) y *Cada vez que me ve el viento* (2017).

REPORTAJE A IQUITOS

Entre el aguilar de las nueces
y el contrapunto del ave rapiña
el vuelo circunda estrepitosamente ojos con voces sangrientas

Vernáculo propicio para la caza
según las leyes naturales de nuestros ríos
el alba despojándonos de nuestras sábanas blancas

el ungurahuy
 cuelga
 amaestrado

I

entre ramas de tornasol contorno
hasta fundir su pesebre en aguas turbias o límpidas
según la incandescencia del día

¡oh sol fuerte que urdes mis membranas
hasta convertirnos en gemelos de un mismo balbuceo
Cuando recoges las ramas tus piernas flexionan el candor
de los ríos y su cauce es más impecable que nunca!

De: *Rosa fálica* (1983).

[UN TIEMPO LARGO PENSÉ EN EL AMOR]

Un tiempo largo pensé en el amor
un tiempo breve pensé en la eternidad

Un tiempo sin tiempo fue cercenando el río
llevando mis huellas en el augurio del viento

Y
tú
embriagado de sorpresas
sin responder centellas
existes sin balbucear
alguna palabra, palabra muda
rayando el objeto de mis sueños
la conciencia cósmica de mis labios

Yo soy la quinua que resbala entre tus cejas
y llena de abundancia tu aposento insólito de
esperma

Soy la que reza noche y día por la lluvia gozosa
que espera.

De: *Cada vez que me ve el viento* (2017).

CARLOS FULLER
(Puerto Maldonado, 1951)

I

Miembro de los grupos Oruga y Javier Heraud. Estudió Artes Plásticas. Ha recibido premios literarios por su obra poética en Iquitos y otras ciudades. Ha publicado *Acuarelas de la tarde* (1990) y *Ventanas de Belén* (2016).

CAMINO DE CAUCHERO

Caminos largos
y tendidas semillas.

Olor a canela silvestre.

Ramas y aguaceros
ensombrecen los días
de tichelas colgadas
como péndulos en cortezas
sangrando verticalmente
su dulce primavera.

Vuelos y vientos de paujiles
y shupihuis atados
en huesos y cenizas
icarando el tiempo.

I

De: *Ventanas de Belén* (2016).

CANOA

La vida en el río
es abundante
y tempranera.

A veces llueve
y la música que oímos
viene de la luz
callada del otoño.

Y despierta en la danza
del remo y el agua
cuidando las cochas.

I

De: *Ventanas de Belén* (2016).

ARMANDO ALMEIDA NACIMENTO
(Orán, 1962)

I

Miembro del grupo Javier Heraud. Fundador de la revista *Alborada*. Estudió Educación en la Universidad de la Amazonía Peruana. Ha publicado los poemarios *Composición del tiempo* (1992) y *La huimba* (2006).

ARQUITECTURA POPULAR

«Que no falte en tu ambición el noble
orgullo de un hogar que sea tuyo».

Andrea Rose.

No cabe sino en el corazón
de los que se atreven
la dignidad de construir una casa.

Acariciar arañando la tierra.
Prender los horcones
levantar las vigas y soleras
los pilares y cumbreras
los largos caibros
y por último la ishpana.

I

Luego el techado.

Amarrar las crisnejas de irapay con tamshi
bien tramadito de abajo para arriba.
Los armayaris de yarina para la cumba
los aparejos para que no le bote el viento.
La culata y ganamos al solazo.

Que vengan ahora sí
la lluvia y el ventarrón
a probar su fuerza.

Sobre un metro más alto
que la última creciente
haremos el emponado

Y no lo cercaremos.
Será
así
amplia
y libre
como una gran avenida.

Donde quepan juntitas
nuestras alegrías y tristezas
en el abrazo más grande del mundo.

Por eso en nuestros caseríos
no tememos las tempestades.

I

Pero cuando viene sonando
por los montes del Este.

Nosotros ya sabemos cómo hacerle correr.

Dibujamos un inmenso sol riéndose
en medio de nuestro patio
Prendemos de a filo
los machetes en la barbacoa.
Bajamos nuestras truzas
y le hacemos ver su cara.

Brama como toro chúcaro
y se va tronando
levantando grandes oladas
por el río Paranaguasú.

De: *La huimba* (2006).

I

MIGUEL DONAYRE PINEDO
(Iquitos, 1962)

I

Doctor en Derecho por la Universidad de Alcalá. Ha publicado, entre otros, *Napoleón en la floresta. Hacia un nuevo sentido de pensar. Katenere y los sonidos del manguaré* (2002), la *Trilogía Gomera*, compuesta por *Estanque de ranas* (2006), *Archipiélago de sierpes* (2009) y *El búho de Queen Garden Street* (2011); también, *Turbación de manatíes* (2014) y *Justicia de transición, indicadores y defensor del pueblo: España, Guatemala y Perú* (2017).

DOWNTOWN

Este sorbo sabía mejor que el trago anterior, la tarde noche avanzaba con cierta prisa. La trompeta de Dizzy Gillespie inundaba los rincones de la habitación. Los parques de Boston son silenciosos y buenos para leer poemas bajo la hierba. Nos habíamos enfadado como muchas tardes. Luego me sentía pesaroso. El *Charles river* mojaba tu cuerpo desnudo y detrás unos obedientes piragüistas iban a toda prisa. Leíamos a Freud, Melanie Klein, contaba las historias de la abuela y así surcábamos a San Regis, en el Carlos, suben y bajan ofreciendo carachamas ahumadas, bujurquis en sartas, plátanos asados, pijuayos, turushuquis frescos. Natividad no me hace puñetero caso y sigue remando con sus esperanzas a Isla Grande. La ruta se enmaraña. Pasamos por Nauta, Tamshiyacu, Justicia, Panguana. Mi espíritu de kukama viajero se sacude mientras miraba una tienda de bagatelas en Newport. Así conversábamos en aquel verano memorable. Escuchando jazz en las esquinas y fundiendo los sueños con vasos de ron con Coca-Cola.

De: *Ocaso de los delfines* (2001).

ÍNDICE

COLECCIÓN INTENSIDAD Y ALTURA **7**

PRÓLOGO, KRISTEL BEST URDAY Y YANETH SUCASACA **9**

GERMÁN LEQUERICA **17**

Ahasverus

[He visto amanecer a muchos hombres]

TEDDY BENDAYÁN **22**

«Atashay»

JAIME VÁSQUEZ IZQUIERDO **25**

Capítulo IX: Cuentos

RÓGER RUMRRILL **34**

Cayapo, el cazador

JAVIER DÁVILA DURAND **45**

El coro

Reclamo para César Arias

El renaco

JORGE NÁJAR **51**

Fiel Kancillo

Cantar Ashaninka

María Eustaquia

CÉSAR CALVO SORIANO **58**

El retorno

Preguntas y penumbras

[Cada día es un pozo, el fondo de algo]

ARNALDO PANAIFO TEIXEIRA **65**

Julia Zumba, la nodriza reina

CÉSAR ARIAS OCHOA **83**

1900, de años sangrientos

Herencia

ARMANDO AYARZA **87**

[Pero no nos exterminaron / resistimos]
[Río abajo nuestra ambición habita / río abajo]

ANA VARELA TAFUR **93**

Y habito desde siempre
Timareo (1950)

CARLOS REYES RAMÍREZ **98**

Alabanza a Sinacay
Para hablar del río Amazonas

PERCY VÍLCHEZ VELA **104**

Cinco

VIRGINIA ROCA LÓPEZ **109**

América

ORLANDO CASANOVA HÉLLER **113**

El pescador embrujado

SUI YUN **119**

Reportaje a Iquitos
[Un tiempo largo pensé en el amor]

CARLOS FULLER **122**

Camino de cauchero
Canoa

ARMANDO ALMEIDA NACIMENTO **125**

Arquitectura popular

MIGUEL DONAYRE PINEDO **129**

Downtown

ISBN 978-612-47740-1-0



Esta antología surge de la necesidad de visibilizar el aporte de la literatura amazónica a la tradición literaria del país. Incluye poemas, cuentos y un fragmento de novela de diecinueve autores, quienes comenzaron a publicar entre las décadas del sesenta y ochenta del siglo pasado. El volumen ofrece un panorama de las temáticas, estilos y búsquedas de la literatura amazónica de esas décadas.

Armando Almeida • César Arias • Armando Ayarza • Teddy Bendayán • César Calvo Soriano • Orlando Casanova • Javier Dávila Durand • Miguel Donayre • Carlos Fuller • Germán Lequerica • Jorge Nájjar • Arnaldo Panaifo Teixeira • Carlos Reyes • Virginia Roca • Róger Rumrill • Ana Varela • Jaime Vásquez Izquierdo • Percy Vélchez • Sui Yun

COLECCIÓN
INTENSIDAD
Y ALTURA



CASA DE LA LITERATURA PERUANA

